

REFLEJOS DE LA COMEDIA ÁTICA EN LA DECLAMACIÓN XXVI DE LIBANIO

RESUMEN: El objetivo que se propone el presente trabajo es poner de manifiesto la influencia de la Comedia Ática en la Declamación XXVI de Libanio, una de las llamadas «declamaciones etopoéticas», que se centran en la descripción de caracteres. Estos se construyen a partir de los tipos fijados por la comedia, en el caso de la obra estudiada un δύσκολος y una mujer charlatana, personajes con una amplia tradición detrás de ellos. Por otra parte, se aborda desde un punto de vista «cómico» el tema del matrimonio, sobre el que tratan también, en un sentido muy diferente, los moralistas y los autores de epitalamios. Aflora además la influencia de la Comedia Ática en el uso de diversos elementos para la caracterización de los personajes (hipérboles, riqueza en imágenes y comparaciones), así como de ciertos recursos propios del género, principalmente el πνίγος.

ABSTRACT: The purpose of this work is to highlight the influence of Attic Comedy in Libanius' Declamation XXVI, one of the so-called «ethopoetical declamation», centred on character description. These are set out following the norms laid out in Comedy, in the case of the work which is analysed a δύσκολος and a gossip woman, characters with a long tradition behind them. The subject of the marriage is also approached from a «comical» point of view, a topic which is dealt with from a different angle by moralist and authors of epitalamii. The influence of Attic Comedy is also visible in the use of various elements in the roles of the characters (hyperbole, images and comparisons) and certain comical resorts, mainly the πνίγος.

Libanio es el maestro de retórica más destacado del siglo IV d.C., enmarcándose dentro del movimiento cultural que recibió el nombre de Segunda Sofística, que tiene en el aticismo su sello más característico. Esta tendencia se manifiesta especialmente como purismo léxico y sintáctico, buscando acercarse lo más posible a los admirados modelos de la época clásica, aunque ello supusiera dar la espalda a lengua viva. Su influjo fue decisivo para el anquilosamiento de la vida lingüística y cultural.

El autor se encuentra inmerso en esta corriente desde los primeros años de su formación, en la que ocupa un lugar muy importante el estudio de los autores clásicos, dedicando un interés especial en aprender muchas de sus obras de memoria¹. Su amplio conocimiento de las obras clásicas le permite utilizar numerosas palabras tomadas de la poesía, la oratoria, la comedia, que le sirven para dar un toque de arcaísmo, pero no son características de su lengua y raramente el uso que hace de ellas es gratuito².

¹ Para una información más completa sobre la vida de Libanio véase B. Schouler, *La tradition hellénique chez Libanios*, Paris 1984, pp. 1-24.

² Sobre el aticismo de Libanio véase el artículo de P. A. Gainzaráin «La lengua de Libanio» (*Veleia* 4, 1987, pp. 229-253) y Schouler, *op. cit.*, pp. 262-5.

La obra de Libanio, que es muy extensa, está concebida básicamente como una producción de escuela. Está compuesta por discursos destinados a circunstancias diversas, declamaciones, ejercicios preparatorios y la mayor colección de cartas de la antigüedad junto con la de Cicerón. Los discursos y las cartas ofrecen un conocimiento muy importante de la vida de Antioquía en el siglo IV; las otras obras, en cambio, tienen un carácter escolar con fines pedagógicos.

Las declamaciones son modelos de discursos para clase, el paso siguiente a los ejercicios preparatorios, y sirven para hacer entrar al alumno en la práctica de la oratoria, en particular en cuanto a la composición y la argumentación³. Por su desarrollo y el uso de los medios estilísticos se acercan a los discursos. Tradicionalmente⁴ se las clasifica en tres grupos según su carácter: mitológicas, históricas y éticas o etopoéticas. Estas últimas reciben su nombre porque pretenden realizar una descripción de caracteres, tomados de los tipos de la Comedia. Entre ellas se encuentra la que lleva el número 26 en la edición de Foerster, que gira en torno a la mujer charlatana y al *δύσκολος*.

La honda formación clásica de Libanio se refleja en las declamaciones etopoéticas no sólo en su lengua influida por el aticismo, aunque con un uso muy moderado de palabras arcaicas y raras, sino también en el hecho de que se entremezclan dos influencias muy marcadas, la de Lisias y la de los comediógrafos. La primera se concreta en la forma de estructurar el discurso y desarrollar los diferentes argumentos, así como en el interés por individualizar de alguna manera a los personajes, aun dentro de los estrechos límites que le impone la pertenencia de cada uno de ellos a un tipo determinado.

La segunda influencia es la que afecta a las características de los protagonistas de la declamación, puesto que Libanio los construye partiendo de los tipos que había creado la Comedia. Ya en la obra de Epicarmo hacen su aparición algunos personajes, como el parásito, el sabio petulante, el soldado fanfarrón, el adivino, el borracho, etc., a los que recurrirá después la Comedia Ática. Probablemente estas obras se centraban en la descripción de un ambiente o la caracterización de una forma particular de ser, que en ocasiones da título a la pieza. El mimo de Herodas continúa esta línea, aunque en él no se pueda hablar propiamente de tipos. Es la Comedia Ática la que los desarrolla plenamente y con caracteres definidos, creando una galería de personajes que reaparecen en muchas obras. Y es también la que proporciona los rasgos principales con los que Libanio crea sus personajes.

La huella que ha dejado en el discurso esta segunda influencia es la que me propongo estudiar en este artículo⁵, analizando los rasgos característicos de los tipos que aparecen en él, lo que podemos considerar «temas cómicos» y algunos recursos expresivos propios del género, como el uso del *πνῆγος*. Los rasgos de la Comedia se combinan con algunos elementos propios de la declamación, que se reflejan especialmente en la elección de determinados temas, como el del matrimonio o la educación conyugal, donde lo cómico radica fundamentalmente en su tratamiento.

³ Schouler, *op. cit.*, p. 27.

⁴ W. Schmid - O. Stählin, *Geschichte der griechische Literatur*, VII. 2. 2, Munich 1981², p. 994. B. Schouler (*op. cit.*, pp. 31-4) agrupa las declamaciones etopoéticas según sus protagonistas: misántropos, parásitos, envidiosos, avaros, ricos y pobres, padres e hijos y diversas.

⁵ Como complemento se añade al final una traducción de la obra estudiada. Se ha hecho a partir del texto de la edición de R. Förster (vol. VI, pp. 511-544, B. G.

Teubner, Leipzig 1911, reimpr. 1963), a la que se refieren también los números que acompañan a las citas. Los pasajes de Menandro están tomados de la edición de A. Körte (*Reliquiae*, vol. II, B. G. Teubner, Leipzig 1959). Los restantes fragmentos de poetas cómicos, excepto Aristófanes, proceden de las siguientes colecciones: R. Kassel - C. Austin, *Poetae Comici Graeci*, vol. VII, Berlín 1989, y A. Meineke, *Fragmenta Comicorum Graecorum*, vols. III (Berlín 1840) y IV (*ibidem* 1841), reimpr. 1970.

Al intentar llevar a cabo una comparación de este tipo hay que tener en cuenta un hecho fundamental: hasta nosotros sólo ha llegado una pequeña parte, y muy fragmentaria, de la obra de los poetas cómicos. Prácticamente no conocemos completas más que once obras de Aristófanes y una de Menandro, precisamente el Δύσκολος. El resto es un campo de ruinas formado por los fragmentos que Ateneo intercala en sus *Deipnosophistae*, pertenecientes sobre todo a la Comedia Media, una serie de aforismos en los *Florilegia* de Estobeo, principalmente de la Comedia Nueva, y algunas referencias menores en Diógenes Laercio y diversos lexicógrafos tardíos⁶. A ellos hay que añadir los fragmentos que han llegado a nosotros a través de los papiros encontrados en Egipto, principalmente importantes en lo que se refiere a la obra de Menandro. Este carácter fragmentario de la Comedia Ática tiene como consecuencia que se hayan perdido algunos elementos fundamentales para su estudio, como la trama, la técnica o la forma de elaborar los personajes. Ello hace que en algunos casos no pueda distinguirse con claridad si tal o cual rasgo es típico o individual.

Sin embargo contamos con otra fuente, la Comedia Latina. Los modelos de la *palliata* pertenecen casi todos a la Comedia Nueva, especialmente a Menandro, Filemón y Dífilo, según testimonian los prólogos e instrucciones de las piezas conservadas. En las obras de Plauto y Terencio encontramos reflejos de algunas de las comedias en las que debió inspirarse Libanio, por lo que a lo largo del trabajo iré haciendo referencia a algunos pasajes de ellas, con el cuidado que exige el que se trate de una fuente indirecta. Hay que tener en cuenta además que este autor tuvo acceso a muchas obras que se nos han perdido para siempre o de las que apenas conservamos más que unos pocos restos. Por ello en ocasiones observamos rasgos «cómicos» de los que no podemos encontrar la fuente y plantean la cuestión de si se deben a un tratamiento original del tipo en Libanio o proceden de las obras que maneja.

La declamación XXVI la pronuncia un hombre que desea la muerte, accediendo a ella por medios legales. Ello le obliga a presentarse ante el Consejo y exponer detalladamente los motivos que justifican su decisión⁷. En el caso de este personaje todos los argumentos pueden resumirse

⁶ K. Lever, «Middle Comedy. Neither Old nor New but Contemporary», *CJ* 49, 1953-4, pp. 167-8 y *The Art of the Greek Comedy*, Londres 1956, pp. 161-2. L. Gil, «Alexis y Menandro», *ECIAs* XIV: 61, 1970, p. 311, y «Comedia ática y sociedad ateniense I. Consideraciones generales en torno a la Comedia Media y Nueva», *ECIAs* XVII: 71, 1974, p. 68.

⁷ En la Antigüedad, como todavía actualmente, no se veía con buenos ojos que una persona acabara con su vida, como dan prueba las legislaciones de diversas ciudades, que reprimían con duras penas cualquier intento de suicidio. Existe la convicción de que el que decide acabar con su vida por no querer enfrentarse a las desgracias realiza un acto de cobardía (Aristóteles, *Eth. Nic.* 1116a y *Eth. Eud.* 1229b. Platón *Leg.* 873c), pero además, como afirma Aristóteles (*Eth. Nic.* 1138a), se considera que no actúa de forma injusta contra sí mismo, sino que comete un delito contra la ciudad, por lo que debe recibir un castigo. En Atenas, la mano derecha del cadáver era cortada por el verdugo, quemada y enterrada separadamente del cuerpo (Esquines, *Ctes.* III 244). En Chipre, Demonasa promulgó un decreto por el que los cadáveres de los suicidas debían ser arrojados sin sepultura (Dión Crisóstomo, *LXIV* 4, 592 M). En Tebas, el cuerpo se quemaba en

señal de infamia, lejos de la familia y sin las ceremonias de la religión (Aristóteles en *Zenob. prov.* VI, 17), y la legislación de Esparta no era menos severa. El Consejo de Mileto puso fin a una epidemia de suicidios, que afectaba especialmente a las muchachas jóvenes, por medio de una ley que ordenaba que los cadáveres de las que se matasen fueran arrastrados vergonzosamente por las calles de la ciudad. La severidad de tales medidas se explica porque el suicidio priva a la sociedad de un individuo útil, un contribuyente, un posible miembro del ejército y, además, un productor de nuevos ciudadanos, con lo que ello supone. Plutarco (*Cleom.* 31), al narrar la vida del rey de Esparta Cleómenes, recoge un pasaje en el que, en medio de una situación apurada, uno de sus compañeros le aconseja el suicidio. A ello responde Cleómenes que un hombre no puede vivir y morir para sí mismo, lo que era también la opinión de muchos pensadores sobre este asunto. Sin embargo, las costumbres eran menos severas que las leyes y admitían el suicidio en algunos casos. Así se encuentra documentado por lo que respecta a Marsella y la isla de Ceos (Valerio Máximo, II 6, 7 sq.; Estrabón, X 5, 6; Eliano, *var. hist.* III, 37). La persona que deseaba morir se presentaba ante el Consejo o los magistrados y exponía los motivos de su petición. Si consideraban

en uno solo, que es el núcleo del discurso: se ha casado con una mujer que habla demasiado y ya no puede soportarlo más. El protagonista de esta declamación no tolera ni el más mínimo ruido y mucho menos aún la charla continua de su mujer. Esta circunstancia y su irritabilidad lo sitúan dentro de la tradición cómica del *δύσκολος*. A ello hay que añadir el hecho de que él mismo reconoce en dos ocasiones que le llaman así, aunque no le importa⁸. Por su parte, la esposa es la personificación de uno de los incontables defectos que los poetas cómicos achacan al sexo femenino: la charlatanería.

En la Comedia Antigua empiezan a aparecer algunos de los tipos que se encuentran con frecuencia posteriormente y que una vez fijados apenas experimentan cambios. Además había abierto el camino a dos tendencias en lo que se refiere a la caracterización de los personajes, según su pertenencia a un determinado grupo humano, como es el caso de los que ejercen la misma profesión o los que proceden de un mismo lugar, o atendiendo a sus rasgos morales. Al parecer fue Crates el primero en presentar un teatro con trama argumental y personajes típicos, al estilo de lo que había hecho antes Epicarmo en Sicilia. En las etapas sucesivas de la Comedia Ática se produce una cierta especialización en un sentido u otro, de manera que la *Μέση* ahonda en la tipificación de oficios, mientras que la *Νέα* se fija más en las actitudes morales⁹. Así observamos que tipos como la mujer charlatana y el malhumorado, que se encuentran presentes ya en la Comedia Antigua, aunque sin caracterizar plenamente, y que también tratan los autores de la Media, como Alexis o Antífanos, se desarrollan de forma mucho más completa en las obras de la Nueva, en particular por lo que se refiere al *δύσκολος*. La diferencia más notable entre los tipos de la Antigua y de la Nueva está en que mientras la primera se preocupa más por la acción y la situación, la segunda lo hace por la profundización psicológica¹⁰.

La declamación de Libanio se sitúa dentro de la tradición cómica también por la relación existente entre los personajes. La Comedia Nueva y buena parte de la Media presentan conflictos que tienen lugar en el ámbito familiar por motivos diversos, enfrentando a padres e hijos, esposos y esposas, como en este caso, amos y siervos¹¹. Con frecuencia los protagonistas son miembros de una misma familia y generalmente pertenecen a la «clase» media-alta y su entorno inmediato.

El primer ejemplo del personaje del *δύσκολος* lo encontramos en la primera mitad del siglo V, en el *Μονότροπος* de Frínico. Estaba inspirado en un individuo llamado Timón, que vivió hacia la época de la Guerra del Peloponeso y que citan Aristófanes y Platón el cómico¹². Cuando comprobó la ingratitud de sus amigos decidió alejarse de los hombres y sólo aceptaba la compañía del joven Alcibíades, «porque sabía que iba a causar mucho daño a los atenienses»¹³. Al parecer fue éste el modelo sobre el que la Comedia Media y Nueva desarrollaron el personaje del misántropo. Sus rasgos principales aparecen enumerados en un fragmento de la citada obra de Frínico:

que estaba justificada le entregaban el veneno que guardaban con ese fin. Los estoicos conciben el suicidio de una forma diferente, ya que lo ven como medio lícito para acabar con las calamidades de la vida y disolverse en la nada. Para más información sobre otros pasajes donde se trata este tema, así como la posición de las diversas corrientes filosóficas, véase Talheim, «Selbstmord», *RE*, II A1, pp. 1134-5.

⁸ 5 y 49.

⁹ L. Gil, «Alexis y Menandro», p. 317.

¹⁰ V. Ehrenberg, *The People of Aristophanes*, Oxford 1951, p. 4.

¹¹ L. Gil, «Comedia ática y sociedad ateniense II. Tipos del ámbito familiar en la Comedia Media y Nueva», *EClés XVIII*: 72, 1974, p. 152. K. Lever, *The Art of the Greek Comedy*, pp. 161 y 187.

¹² Aristófanes, *Lys.* 809-820 y *Av.* 1548. Platón, fr. 218 Edm.

¹³ Plutarco, *Ant.* 70.

ὄνομα δὲ μοῦστι Μονότροπος.
 ζῶ δὲ Τίμωνος βίον
 ἀγαμον, †ἀζυγον†, δξύθυμον, ἀπρόσοδον,
 ἀγέλαστον, ἀδιάλεκτον, ἰδογνώμονα¹⁴.

La Comedia presenta al δύσκολος como un individuo irritable, en general tacaño, un tanto rústico y aficionado al campo, donde busca refugio del bullicio de la ciudad, a la que teme como a la peste. Esta preferencia por la vida campestre constituye un tópico literario, que se empieza a desarrollar con la poesía helenística, en la que tiene su máximo exponente en los *Idilios* de Teócrito. Más tarde volvemos a encontrarlo en el poeta latino Horacio, que hace un elogio de la vida campestre en su conocido *Epodo 2* y que a su vez servirá de inspiración a Fray Luis de León.

El personaje de esta declamación no es propiamente un misántropo, como el tipo más exagerado de δύσκολος que encontramos en Frínico o en la declamación XXVII del propio Libanio. Coincide con él en parte, especialmente por su irritabilidad, incluso contra los miembros del Consejo que juzgan el caso, y por el deseo, si no de soledad, sí al menos de tranquilidad y silencio. A pesar de lo que pueda parecer a primera vista, no odia a la gente, ni le importa verla, con tal de que hable lo menos posible. Por eso vive en la ciudad, entre los hombres, e incluso se mantiene al tanto de los asuntos públicos, aunque no participa directamente en ellos. Busca refugio en su casa, no en el campo, donde encuentra multitud de ruidos:

ἀλλ' ἐν ἀγροῖς, ἐνὶ κάκει τὰ λυποῦντα, βοῆ βατράχων, οὐκ οἶδ' ἀνθ' ὄτου, ὄνοι βρωμώμενοι, βόες μυκώμενοι, αἴγες μηκάζουσαι, πρόβατα βληχώμενα. (36).

Tiene vecinos, a los que ha enseñado a comportarse según su particular manía, e incluso amigos, iguales que él, «expertos en la alabanza del silencio» (39). Como afirma Schouler¹⁵ no es más que un enfermo, un neurópata, al que su extremada sensibilidad le hace incapaz de soportar los ruidos ni las palabras. Es precisamente esta característica de su forma de ser la que le lleva a tener un comportamiento cercano al del verdadero misántropo. Así se puede ver en las numerosas ocasiones en que expresa su deseo de no ver a mucha gente, de rehuir el bullicio, o en algo tan chocante como su rechazo de una costumbre como la del saludo, al que no ve ninguna utilidad (7). Además evita los talleres de los artesanos por el ruido que producen: hasta los pintores cantan mientras trabajan, y no puede soportarlo (8).

A lo largo de la declamación el tema que domina es el rechazo del alboroto y la búsqueda de la paz que ha perdido con su boda. Al mismo tiempo se van dejando entrever algunas otras características del personaje, que guardan cierta relación con el rasgo predominante de su carácter. El individuo que habla se autodefine en cierta manera como una persona de orden, siguiendo con ello los sabios consejos de su padre, quien le recomendaba que fuera serio, responsable y amara por encima de todo la tranquilidad (6). Por otra parte, dispone al parecer de ciertos medios de fortuna, lo que le permite eludir el ajetreo del ágora y vivir en el remanso de paz que era su casa antes de casarse.

¹⁴ Fr. 19 K.-A.: «Mi nombre es Monótropo... Vivo la vida de Tímón, sin boda, sin pareja, amargado, inabordable, sin risa, sin conversaciones, pensando en mí mismo».

¹⁵ *Op. cit.*, p. 892.

Todos sus actos están determinados por el odio al ruido. Mientras para otras personas los peores males son caer en la ruina, perder la salud o la muerte de algún hijo, lo más terrible para él es oír hablar (31). Esto no dejará de recalcarlo a lo largo de todo su discurso, ya que es la cuestión principal. El aspecto más exagerado de su odio al ruido lo reflejan las palabras que dirige al amigo que le anima a casarse:

οἶσθα γάρ, ὦ ἑταῖρε, τὸν ἑμὸν τρόπον, ὡς οὔτε ῥέγγων ἄνθρωπος ἔμοι φορητὸν οὔτε χρεμπτόμενος οὔτε βηχί κατεχόμενος, ἀλλ' ἐλοίμην ἂν πληγὰς λαβεῖν πρότερον ἢ ταῦτα ἀνασχέσθαι, λάλον δὲ οὐδ' ἂν ὄναρ ἐνέγκαιμι. (10).

Un carácter tan extremadamente sensible como el suyo se refleja en la forma de expresarse, especialmente en su tendencia a la exageración, de la que tenemos muchos ejemplos a lo largo del discurso y a la que con frecuencia también recurre la Comedia. Así, afirma que no tiene gallo para no oírlo cantar (14). Por otra parte, desde el día de su boda no consigue tener ni un solo momento de respiro, ya que su mujer no para de hablar de lo que sea. Incluso si no tiene nada que contar es capaz de inventarse sueños, porque no duerme; si alguna rara vez lo hace, su lengua termina la labor (23). Ni siquiera se le ha presentado la posibilidad de una enfermedad que le impidiera hablar. En su desesperación el hombre dice:

καὶ γὰρ δούκις ἐνόσησεν ἡ γύνη, τὰ μὲν ἄλλα οἷς οὐκ ἀποκναίει με νενόσησεν, ὀφθαλμούς, χεῖρας, γαστέρα, πόδας, ἡ δὲ μιὰρὰ φωνὴ παντάπασιν ἄνοσος. (37).

En vista de que el remedio no puede venir por parte de su esposa, trata de conseguirlo recurriendo a los dioses, a los que pide la sordera, o al menos producir mucha cera en los oídos, de manera que, si su mujer no puede dejar de hablar, tal vez pueda él dejar de oír o, al menos, percibir las palabras a medias. Pero es tan desgraciado que ni siquiera los dioses le hacen caso y le niegan esa escapatoria.

Tampoco el repudio es una solución válida para él, porque su mujer y los parientes de ésta no dejarían de acosarlo (46-8). Así que lo único que le queda ya es morir para poner fin a sus males. Pero le surge la duda de que tal vez ni siquiera así logre el reposo. Recoge al decir esto una concepción del mundo infernal cercana a lo que es el de los vivos, al estilo del que refleja Luciano en sus *Diálogos de los muertos*. Tiembla ante la posibilidad de volver a encontrarse a su mujer tras la muerte, porque tendría que oír la hablar toda una eternidad y sin escapatoria posible. Tal vez ni siquiera exista esa única salida, aunque puede intentar aplazar la desgracia pidiendo que su mujer tenga una larga vida. Con amargura llega después de todas estas consideraciones a la conclusión final: en un caso como éste sólo podría haber una solución, cortar la lengua a la charlatana, una medida demasiado extrema para un individuo como el de esta declamación. Por eso desde el primer momento afirma que hubiera hecho mejor muriéndose en vez de casarse con una desgracia y una Erinis (1, 2, 5 y 11). Plauto en un pasaje de *Aulularia* expresa algo parecido. Uno de los personajes, Megadoro, afirma que prefiere estar muerto antes que casarse; sólo acepta la idea de la boda si su mujer muere al día siguiente¹⁶.

¹⁶ 154-7: *Ut quidem emoriar prius quam ducam. / Sed his legibus si quam dare vis, ducam: / quae cras veniat, perendie foras feratur. / His legibus quam dare vis cedo; nuptias adorna.* Las palabras de Megadoro son un eco del sentimiento de misoginia que se encuentra, por

ejemplo, en la poesía yámbica. Recuerdan mucho un fragmento de Hiponacte (I 68 West): Δύ' ἡμέραι γυναῖκός εἰσιν ἡδιστάι, / ὅταν γαμήι τις ἀκαφέρη τεθνηκυῖαν («Dos días de una mujer son los más gratos: cuando uno la toma por esposa y cuando la saca muerta»).

Otra característica de la forma de expresión del protagonista de la declamación, en parte relacionada con la anterior, es un lenguaje particularmente rico en imágenes, comparaciones, refranes y frases hechas.

La fuerza de la voz de su mujer la refleja sobre todo en las numerosas ocasiones en que compara su charla con el agua en sus aspectos más impetuosos: los torrentes, el granizo, el oleaje del mar. Como el agua, el efecto que tiene sobre el marido es inundarlo y dejarlo ahogado (ἀδολεσχίαις βεβάπτισμαι [29]; με ἀποπνυγόμενον [41]) y teme que lo mismo les pueda ocurrir a los miembros del Tribunal si no se dan prisa en tomar una decisión. Schouler¹⁷ señala que en caso de Libanio la presencia de la imagen del agua con empleos metafóricos se debe a una doble influencia, la literaria y la de la propia vida diaria. Esta última tiene su origen en el papel que en las grandes ciudades helenísticas tenían las fuentes, los estanques. La primera de ellas proviene del uso de términos que evocan la corriente, generalmente asociados con la elocuencia, que se encuentran desde Homero. Platón¹⁸ se refiere a la palabra llamándola «la corriente que fluye por la boca», que es «la mejor y más bella de las fuentes». La influencia más destacada según Schouler fue la de Demóstenes, que usaba esta metáfora en un pasaje de *Sobre la Corona* (136) para aludir a la elocuencia de Pitón de Bizancio.

Aunque las comparaciones que utiliza Libanio en esta declamación se basan en diversas manifestaciones del agua, en todos los casos se hace referencia a su exceso y su poder devastador. Las corrientes se mencionan con cierta frecuencia, especialmente para aludir a la verborrea de la mujer¹⁹; respecto a ella dice que «los ríos pararían antes que su boca»: οἱ ποταμοὶ πρότερον ἂν σταῖεν ἢ τὸ ταύτης στόμα (22). También aparece la imagen del torrente, que emplea cuando describe la celebración de su boda: ἅπαντα πανταχόθεν..., συνέρρει κατὰ τοὺς χειμάρρους ὅσοι συμπίπτοντες εἰς ἀλλήλους ἐξαισίον παρέχονται δοῦπον (11). Añade además el hombre que «como el mar al navío» el oleaje de su mujer, τῆς γυναικὸς ὁ κλύδων, le sobrepasa (29).

Otra variante de la alusión al agua es la que hace referencia a los fenómenos atmosféricos. Sobre él cae un «diluvio de palabras», ἐπομβρία τῶν ῥημάτων (19), y su mujer «hace llover con vehemencia», ὄει ῥαγδαίως (22). Su charla le hiera «como granizo», ὥσπερ χαλάζῃ (33), con todo lo que cuenta. Las nevadas se ven superadas por el espesor de sus palabras (42), imagen en la que podemos encontrar un eco homérico, de un verso de la *Iliada*²⁰ en que se comparan las palabras con la nieve del invierno: καὶ ἔπεα νιφάδεσσιν ἐοικῶτα χειμερίησιν. El δύσκολος afirma, en fin, que su casa está llena de tempestad por obra de la lengua de su mujer: ταύτην ἐνέπλησέ μοι χειμῶνος ἢ γλῶττα τῆς γυναικὸς (37).

Junto a las metáforas que toman como punto de partida la imagen del agua hay otro grupo mucho menor que se basa en el fuego, visto como una fuerza devastadora que consume todo lo que toca. El hurraño considera que replicarle a su mujer es encender el fuego de su charla (16). Cuando trata de amonestarle poniéndole como ejemplo de lo que debe hacer un verso de Sófocles, lo único que consigue es atizar sus ganas de hablar en lugar de apagarlas (40). El mismo efecto se produce cuando decide pasar a la obra y le tapa la boca con un pañuelo, llevando a la práctica lo que dice el proverbio πῦρ ἐπὶ πῦρ, «fuego al fuego», equivalente a nuestro «echar leña al fuego».

¹⁷ *Op. cit.*, pp. 783-4.

¹⁸ Homero, *Od.* τ 521: ἢ τε θαμὰ τρωπῶσα χεῖρ πολυηχεὰ φωνήν («Y ella cambiándola a cada momento vierte una voz de variados sonos»). Platón, *Tbt.* 206d: τὴν διὰ τοῦ στόματος ῥοήν; *Tim.* 75c: τὸ δὲ λόγων νόμα ἐξω βέον καὶ ὑπηρετοῦν φρονήσει κάλλιστον καὶ ἄριστον

πάντων ναμάτων («La fuente de las palabras, que fluye hacia el exterior y es servidora del espíritu, es la más bella y mejor de todas las fuentes»).

¹⁹ Por ejemplo en 20 y 39.

²⁰ Γ 222: «Palabras semejantes a las nevadas invernales».

Otra fuente de metáforas es, como era de esperar, la guerra, que aparece desde el momento en que describe la celebración de su boda. El alboroto le hace sufrir terriblemente, pero sin embargo τὸ δὲ ἦν ἄρα πρὸς τὸν μέλλοντα πόλεμον εἰρήνην συχνή (12). Afirma que ni siquiera cuenta con el respiro de una tregua, a la que pueden acceder los combatientes (37). En esta lucha resulta herido (29) y derrotado por completo (νενίκηκέ με καὶ κατεπάλαισε καὶ τὸ ζῆν ἐπολέμωσεν [32]), por lo que decide buscar aliados, pero también a éstos los pone en fuga «la invencible» (39). El resultado de la «lucha» con los amigos del marido continua la comparación: ἡ δὲ κατὰ τοὺς ἐν τοῖς ὄπλοις ἀριστεύοντας μία πολλοὺς ἐτρέπετο.

Un grupo importante de comparaciones es el que toma como referencia algún animal, generalmente por el ruido que produce, aunque no siempre es así. Esto se puede ver cuando describe cómo su mujer incluso habla en sueños, dejando activa la lengua, situación que es más molesta que los mosquitos (23). Las cigarras (41) ocupan una parte destacada en la declamación, ya que el marido alude a ellas como ejemplo de lo que debe hacer su mujer. Sin embargo ésta toma la imagen en un sentido completamente opuesto. El δύσκολος afirma que sólo cantan los machos de las cigarras, mientras que las hembras no pueden hacerlo. Esta idea se encuentra recogida en Aristóteles y Eliano²¹, pero es muy probable que Libanio la haya tomado a través de una obra del autor cómico Jenarco:

εἴτ' εἰσὶν οἱ τέττιγες οὐκ εὐδαίμονες,
ὄν ταῖς γυναιξὶν οὐδ' ὅτι οὖν φωνῆς ἔνι;²²

Lo que recoge esta comparación es la imagen ideal de la mujer en Grecia, callada. Sin embargo la charlatana interpreta la alusión a las cigarras desde su punto de vista y la relaciona con οἱ ἐξ ἀνθρώπων τέττιγες, οἱ φίλοι ταῖς Μούσαις. Esta asociación tiene que ver con el mito del origen de estos insectos, que describe Platón en el *Fedro* (259b-d). Según éste, eran hombres que vivían antes del nacimiento de las Musas y que cuando éstas crearon el canto se dedicaron por entero a él, sin preocuparse de comer ni beber, por lo que sin darse cuenta se fueron dejando morir. Por obra de las Musas, que estaban complacidas con ellos, se convirtieron en cigarras, que nunca tienen comida en el cuerpo ni tampoco beben. La relación entre los hombres y estos insectos se encuentra ya en Homero, que utiliza esta comparación para referirse a los ancianos troyanos. De ellos dice el poeta que eran ya demasiado mayores para luchar, pero buenos para arregar, τεττίγεσσιν ἑοικότες, οἱ τε καθ' ὕλην / δενδρέω ἐφεζόμενοι ὅπα λειριόεσσιν ἰεῖσι²³.

Lo más frecuente es que Libanio utilice las menciones de animales basándose en el ruido que producen. Aunque alude a los renacuajos para referirse a los rétores (36) y cita también una variedad de cigarra, la llamada κέρκωψ²⁴, los animales preferidos son las aves. Considera que si llega a tener hijos que fueran como su mujer su casa no se diferenciaría de los campos ἐν οἷς τὰ ἔθνη τῶν ὀρνίθων μετὰ κλαγγῆς περιίπταται (52)²⁵.

²¹ Aristóteles, *HA* 556b, 12-3: εἰσι δ' ἄρρενες μὲν οἱ ἔδοντες ἐν ἀμφοτέροις τοῖς γένεσι, θήλειαι δ' οἱ ἔταροι («En estas dos especies son los machos los que cantan y las hembras las otras»). Eliano, *NA* XI 26: ἔοικε δὲ ἄρα καὶ ἐν τοῖς ἀλόγοις ὑπὸ τῆς φύσεως προτιμᾶσθαι τὸ ἄρρεν. ἔχει γοῦν ὁ μὲν δράκων ὁ ἄρρην τὸν λόφον καὶ τὰ ὑπὲρ, ὁ δὲ ἀλεκτρυὼν καὶ οὗτος τὸν λόφον καὶ τὰ κάλλαια, ὁ δὲ ἔλαφος τὰ κέρατα, τὴν χαίτην ὁ λέων, ὁ τέττιξ τὴν φωνήν («Y parece que también entre los animales por obra de la naturaleza se prefiere lo masculino. Por ejemplo, el dragón macho tiene cresta y barba, el gallo también tiene

cresta y barbillas, el ciervo cuernos, el león melena, la cigarra macho voz»).

²² Ὑπνος, fr. 14 K.-A.: «¿No son afortunadas las cigarras, en cuyas hembras no hay ni pizca de voz?».

²³ *Il.* Γ 151-2: «Semejantes a cigarras, que, posadas en un árbol del bosque, dejan oír su dulce voz».

²⁴ Cf. Eliano, *NA* X 44.

²⁵ En esta frase se puede encontrar un eco homérico, ya que en *Il.* B 459 aparece la expresión ὡστ' ὀρνίθων πετεηνῶν ἔθνεα πολλά («como muchas bandadas de aladas aves»).

Según el sufrido δύσκολος la esposa de la declamación supera con mucho a las grajillas y los estorninos (41) y es «más gárrula que una tórtola, un arrendajo, un ruiseñor, una cigarra» (34)²⁶. Una comparación con estos mismos animales aparece, con una ligera variación en el orden, en uno de los fragmentos conservados de Alexis en el que encontramos una de las fuentes en que se ha inspirado Libanio. Si ponemos juntos los dos pasajes se observará hasta dónde llega la deuda del autor de la declamación:

Alexis:

Σοῦ δ' ἐγὼ λαλιστέραν
οὐλώποτ' εἶδον οὔτε κερκώπην, γύναι,
οὐ κίτταν, οὐκ ἀηδόν', οὔτε τρυγόν', οὐ
τέττιγα²⁷.

Libanio:

τρυγόνος λαλιστέρα, κίττης, ἀηδόνας, κερκώπης.

Parece bastante claro que Libanio estaba pensando en la obra de Alexis, si no la tenía delante, al hacer estas comparaciones.

En algunos casos la relación con el mundo animal se establece de forma indirecta, como ocurre cuando describe la charla continua de su mujer como «enjambres de palabras», σμήνη λόγων (21). Destaca especialmente cuando usa verbos que se asocian con voces de animales, haciendo referencia a su esposa: κράζειν, φθέγγεσθαι, γρύζειν(45).

²⁶ La observación muestra hasta qué punto son acertadas estas comparaciones. Los grajos destacan por sus graznidos, que se oyen de lejos y que incluso les sirven para ahuyentar a las aves de presa que amenazan a la colonia. Son numerosos los lugares en los que se hace alusión al ruido que producen las grajillas, tanto en autores griegos como latinos. En Filón (*de somn.* II 260) se puede leer κολοιδῶν ἀκόσμους καὶ ἀμετροσπεῖς φωνάς. San Isidoro (*or.* XII, 7, 45) explica los nombres *graculus*, *gragulus*, *gracula* con un *a garrulitate*. Los estorninos se reúnen al atardecer en árboles-dormitorio, formando bandadas en las que el canto y el parloteo no se interrumpe en toda la noche. Las fuentes antiguas sólo destacan su capacidad para reproducir voces y sonidos, como los loros (Plutarco, *de soll. anim.* 972f-973a; Plinio, X 120; Aulo Gelio, XIII 20; Estacio, *silv.* II 4, 19). Por lo que respecta a la tórtola, los machos producen mucho ruido en la época de celo, no dejando de arrullar en todo el día. Durante el resto del año es una ave silenciosa y pasa desapercibida. Lo que ocurre es que en Grecia vive precisamente durante la época del apareamiento, mientras que en invierno emigra hacia el sur. La aparición de la tórtola en comparaciones para indicar una charla excesiva se encuentra en diversos autores. Como recoge Eliano (*NA* XII 10) se decía que no sólo hacía ruido por el pico, sino que incluso hablaba «por la parte de atrás»: τρυγόνος δὲ λαλίστερον ἔλεγον· ἡ γὰρ τοὶ τρυγόνων καὶ διὰ τοῦ στόματος μὲν ἀπαύστως φθέγγεται, ἤδη δὲ καὶ ἐκ τῆν κατόπιν μερῶν ὡς φασὶ πᾶμπλειστα. μέμνηται δὲ καὶ ταύτης τῆς παροιμίας ἐν τῷ Πιλοκίῳ ὁ

αὐτὸς (Menandro, fr. 346 K.: τρυγόνος λαλίστερος). καὶ Δημήτριος ἐν τῇ Συκελίῳ τῷ δράματι μέμνηται ὅτι καὶ τῇ πυγῇ λαλοῦσιν αἱ τρυγόνες. El arrendajo es un ave que se reúne en pequeñas bandadas ruidosas y es capaz de reproducir sonidos y voces. En Eliano (*NA* VI 19) se encuentra la expresión κίτταν λαλόν y en Licofrón (1319) τὴν λάληθραν κίτταν. El propio nombre científico del ave recoge esta característica: *Garrulus glandarius*. Del ruiseñor normalmente se destaca su canto melodioso (Eliano, *NA* I 43), pero esta ave no para ni de día ni de noche. En cuanto a las cigarras, cantan activamente en las horas de sol, aunque también se les puede oír de noche; sin embargo, en los autores antiguos suele hacerse referencia a su dulce voz.

Extraña el hecho de que no se cite también otra de las aves que se llevan la palma en ruidos como es la corneja, a la que con frecuencia se le da el adjetivo de gárrula. En Hesíodo se encuentra en dos ocasiones la expresión λακέρυζα κορώνη (*Op.* 747 y fr. 121), que también aparece en Aristófanes (*Av.* 609). Hesiquio explica ese adjetivo de la siguiente manera: μεγάλη κράζουσα κορώνη. Oríano (*Cyn.* III 117) utiliza el adjetivo πολύκρωτος y también se encuentran otros parecidos en autores latinos: *loquax* (Ovidio, *fast.* II 89); *garrula* (Ovidio, *am.* III 5, 22; Ausonio, 365, 3).

²⁷ Θράσων, III, p. 420 M: «Yo nunca vi a nadie más parlanchina que tú, mujer, ni saltamontes, ni arrendajo, ni ruiseñor, ni tórtola, ni cigarra».

Como elemento característico de la expresión del δύσκολος quedan todavía los refranes y las frases hechas. Entre los primeros ya hemos visto el de πῦρ ἐπὶ πῦρ. También aparece la expresión κινεῖ τὸν ἀνάγυρον, «mueve el hediondo» (21), que Suidas explica relacionándola con aquellos que por no dejar estar las cosas atraen los males hacia sí. El hediondo es la *Anagyris foetida* L., una planta leguminosa que se caracteriza por su mal olor, especialmente en las hojas cuando se frota. Esta expresión aparece en otras ocasiones en Libanio, como en la carta 78, donde aconseja a un amigo que deje tranquilas las cosas durante algún tiempo: ὄρᾳς, ὅτι κρεῖττον ἦν σοι μὴ κινεῖν τὸν ἀνάγυρον.

También usa una frase hecha para referirse al nulo efecto que producen los consejos y las amonestaciones, afirmando que sembraba en piedras: εἰς πέτρας ἔσπειρον (39). La expresión es clara, indicando que se hace algo que no sirve para nada. Antes de Libanio la usan otros autores, como Platón o Luciano²⁸, aunque en un contexto muy diferente, aludiendo al amor homosexual. El recuerdo de pasajes como éstos para el lector de la declamación debía resultar por lo menos chocante.

En la Comedia se recogen además algunos tópicos para designar una charla incesante de la mañana a la noche que también utiliza Libanio. En primer lugar está el hecho de llamar a la mujer Ἀράβιος αὐλητής, «flautista árabe». En Menandro²⁹ aparece una expresión parecida: Ἀράβιον ἄρ' ἐγὼ κενήνῃ' ἄγγελον. Es una variante de una frase hecha, Ἀράβιος αὐλητής, que en un escolio a este pasaje se explica como: τίθεται δὲ ἐπὶ τῶν ἀπαυστὶ διαλεγομένων³⁰.

Por otra parte se encuentra la comparación con el bronce de Dodona, del que de forma muy breve el malhumorado sólo dice que lo supera. La explicación del uso de esta imagen puede encontrarse también en Menandro:

Ἐὰν δὲ κινήσῃ μόνον τὴν Μυρτίλην
ταύτην τις ἢ τιτθὴν καλῆ, πέρας οὐ ποιεῖ
λαλιᾶς· τὸ Δωδωναῖον ἂν τις χαλκίον,
ὃ λέγουσιν ἤξειν, ἂν παράνηχ' ὁ παριών,
τὴν ἡμέραν ὅλην, καταπαύσαι θᾶττον ἢ
ταύτην λαλοῦσαν· νύκτα γὰρ προσλαμβάνει³¹.

Estos dos tópicos que tienen un sentido muy similar en Libanio se entrelazan entre sí y se unen a una de las comparaciones que hemos visto antes, cuando el protagonista del discurso afirma que su mujer es más charlatana que diversas aves. El autor concentra todos ellos en sólo dos frases, de modo que el efecto que consigue es mayor:

Ἀράβιος αὐλητής ἢ γυνή, μᾶλλον δὲ καὶ παρελήλυθε, τρυγόνος λαλιστέρα, κίττης, ἀηδό-
νος, κερκώπης. τὸ Δωδωναῖον ὑπερβαίνει χαλκεῖον. (34).

De esta manera los presenta de un modo mucho más expresivo; así no se deja lugar a dudas de que la mujer es más charlatana que cualquier otra cosa que pueda haber.

En el origen de los males que tienen cercado a este pobre hombre se encuentra la figura del causante de todo, un amigo. Este tiene un papel muy definido en la declamación y sirve para in-

²⁸ Platón, *Leg.* 838e. Luciano, *am.* 20.

²⁹ Ἀνατιθεμένη, fr. 30 K.: «Cierto he excitado a un mensajero árabe».

³⁰ «Dícese de los que hablan sin parar».

³¹ Ἀρρήφορος ἢ αὐλητής, fr. 60 K.: «Si alguien sólo excita a Mirtile o la llama nodriza, no hace nada aparte de su charla; el bronce de Dodona, que dicen que resuena todo el día si alguien lo roza al pasar, para antes que ésta cuando habla; pues coge también la noche».

roducir un tema que la Comedia toma con frecuencia como blanco de sus dardos, el del matrimonio. En general en las declamaciones éste se presenta como el resultado de una negociación, en la que tiene una función principal la figura de un intermediario neutral que concierta la boda³². Por ello lo que hace el amigo del malhumorado es describir las características de la novia, que son en realidad las virtudes tradicionales que deben adornar a una buena esposa: nobleza, riqueza, belleza y moderación, a las que añade una buena educación y la destreza en las labores propias de una mujer (9)³³. La belleza se aprecia poco en relación a las otras y se rechaza como principal defecto femenino el de la prodigalidad, que en realidad no es más que una forma de la falta de moderación. Otra variante de esta falta es la charlatanería, que caracteriza a la esposa de esta declamación y que el *δύσκολος* no puede soportar.

Su forma de ser es la que hace que, cuando se decide a tomar una esposa, se fije primordialmente en que no hable, sin preocuparse demasiado de lo que su amigo alaba en la futura novia. Sin embargo, pronto descubre su error, en el momento mismo de la boda, y queda confirmado esa misma noche. Su mujer es una desgracia y una Erinis y haberse casado con ella es el fin de la vida placentera que había llevado hasta entonces (11). El matrimonio resulta ser para el hombre una fuente de desdichas; y es que, como dice Anaxandrides:

Ὅστις γαμεῖν βουλευέτ', οὐ βουλευέται
ὀρθῶς, διότι βουλευέται χούτω γαμεῖ.
πολλῶν κακῶν γάρ ἐστιν ἀρχὴ τῷ βίῳ³⁴.

Uno de los temas favoritos de la Comedia es el del matrimonio. Ante un panorama como el de las maldades femeninas no es extraño que muy pocas veces se aconseje la boda, mientras que las afirmaciones en sentido contrario son muy numerosas. El soltero es un hombre feliz, como se proclama un personaje de Menandro³⁵: *χῶ μακάριόν φα <σιν>, γυναικ' οὐ λαμβάνω*. Filemón³⁶ afirma que quien no se casa lleva una buena vida y quien tiene intención de hacerlo pronto se arrepentirá.

Las quejas de los hombres casados se repiten numerosas veces. Uno de ellos intenta disuadir a un futuro marido antes de que sea demasiado tarde, haciéndole ver que se encamina hacia su perdición:

Οὐ γαμεῖς, ἂν νοῦν ἔχης,
τοῦτον καταλείπων τὸν βίον· γεγάμηκα γὰρ
αὐτός· διὰ τοῦτό σοι παραινῶ μὴ γαμεῖν.
B. δεδομένον τὸ πρᾶγμ'· ἀνερρίφθω κύβος.
A. πέραινε. σωθείης δὲ· νῦν ἀληθινὸν
εἰς πέλαγος αὐτὸν· ἐμβαλεῖς γὰρ πραγμάτων,
οὐ Λιβυκὸν οὐδ' Αἰγαῖον <οὐδὲ.....>,
οὐ τῶν τριάκοντ' οὐκ ἀπόλλυται τρία
πλοιάρια· γήμας δ' οὐδὲ εἰς σέσωσθ' ὄλωσ³⁷.

³² Schouler, *op. cit.*, p. 849.

³³ Libanio enumera estas virtudes en otras obras: *Ep.* 325, 1 y 371, 2; *Decl.* 46, 9. Cf. Schouler, *op. cit.*, pp. 854-5.

³⁴ III, p. 195, 1 M: «Quien decide casarse no decide correctamente, porque lo decide y así se casa. Pues es principio de muchos males en la vida».

³⁵ Ἀδελφοί, fr. 3 K.: «Feliz me dicen, no tengo mujer».

³⁶ IV, p. 62, 106 y 105 M.

³⁷ Menandro, Ἀρρήφορος ἢ αὐλητρὶς, fr. 59 K.: «No te cases, si tienes seso, abandonando esta vida; yo estoy casado: por eso te aconsejo que no te cases. B.: Está determinado el asunto; que se lance el dado. A.: Déjalo. Te podrías salvar; porque ahora te arrojas tú mismo a un verdadero mar de dificultades, no el de Libia ni el Egeo ni... en el que se salvan tres de cada treinta botes; casándote no queda a salvo ni uno solo en absoluto».

Otro, en una obra de Alexis³⁸, se pregunta: τίς δῆθ' ὑγαίων νοῦν τ' ἔχων τολμᾷ ποτε / γαμεῖν, διαπραξάμενος ἡδίων βίον; y afirma que es mucho mejor sufrir la ἀτιμία que tomar esposa. Por eso los pobres maridos maldicen al que inventó el matrimonio y a los que lo siguieron, haciendo de él una institución:

Ἐξώλης ἀπόλοιθ' ὅστις ποτὲ
ὁ πρῶτος ἦν γήμας, ἔπειθ' ὁ δεύτερος,
εἶθ' ὁ τρίτος, εἶθ' ὁ τέταρτος, εἶθ' ὁ μεταγενής³⁹.

Con todo se reconoce que, aunque el matrimonio es un mal, es un mal necesario⁴⁰ y, como afirma Menandro⁴¹, el que se casa recibe un bien a cambio de un poco de fastidio. Estas ideas se repiten con cierta frecuencia, generalmente en obras de muy distinto tipo y en contextos muy diversos. Así las encontramos en Hesíodo⁴², que, aunque tiene muy mal concepto de las mujeres, describe los males de no casarse y añade que, si se tiene la suerte de tener una esposa sensata y recatada, lo malo se compensa con lo bueno. Algo parecido se puede ver en un pasaje de Aulo Gelio⁴³ en el que recoge parte del discurso pronunciado por Metelo Numídico durante su censura, exhortando al matrimonio:

*Si sine uxore esse possemus, quiritēs, omnes ea molestia careremus; sed quoniam ita natura tradidit, ut nec cum illis satis commode, nec sine illis ullo modo vivi possit, salutē perpetuāe potius quam brevis voluptati consulendum*⁴⁴.

Esto entronca con las obras de los moralistas, que, junto con los autores de epitalamios⁴⁵, tratan también sobre el matrimonio. Toda esta literatura la retoman las escuelas de retórica, que plantean la tesis «¿Hay que casarse?» como tema de discursos para la práctica de los alumnos⁴⁶, lo mismo que hace Libanio en esta declamación.

Los puntos de la argumentación son los siguientes: la función social del matrimonio, los méritos de la mujer y los hijos. Los tres se abordan en cierto sentido en la declamación, pero tratados de una manera completamente diferente a la normal. La importancia social del matrimonio se hace notar en dos vertientes: desde el punto de vista de la colectividad, la existencia de familias garantiza el orden social; desde el punto de vista del individuo, permite establecer alianzas, además de aumentar el patrimonio⁴⁷. Sin embargo al protagonista de la declamación ninguna de estas dos cosas le importa especialmente, ya que vive en cierta forma marginado voluntariamente de la sociedad y no pretende cambiar su situación con la boda. Sobre los méritos de la esposa ya se ha tratado, pero en el caso de la suya el δύσκολος no nombra ninguno, borrados todos por su afición a hablar en exceso; lo más que hace es citar algunos de los vicios propios de las mujeres que la charlatana no tiene, como gastar demasiado o ser una borracha (32). Finalmente, por lo

³⁸ III, p. 519, 34 M: «¿Quién que esté sano y tenga buen juicio osaría casarse, poniendo fin a una vida más dulce?».

³⁹ Menandro, Ἐμπιπραμένη, fr. 142 K.: «Ojalá hubiera muerto aniquilado el primero que se casó, después el segundo, luego el tercero, luego el cuarto, luego el último».

⁴⁰ Menandro, fr. 578 K.: Τὸ γαμεῖν, εἴαν τις τὴν ἀλήθειαν σκοπῇ, / κακὸν μὲν ἐστίν, ἀλλ' ἀναγκαῖον κακόν.

⁴¹ Fr. 578 K.

⁴² Th. 602-610.

⁴³ I 6, 2.

⁴⁴ «Si pudiéramos estar sin esposa, quiritēs, todos nos libraríamos de esta molestia; pero puesto que así lo ha transmitido la naturaleza, que no podamos vivir con ellas bastante a gusto, y sin ellas de ninguna manera, hay que atender más al bienestar duradero que al breve placer».

⁴⁵ De éstos está tomada la afirmación del amigo del δύσκολος de que «el Matrimonio es un gran dios y el mayor de los dioses» (9).

⁴⁶ Cf. Schouler, *op. cit.*, pp. 852-3.

⁴⁷ *Loc. cit.*

que se refiere a los hijos, que se suelen presentar como uno de los fines del matrimonio⁴⁸, prefiriere no tener ninguno antes que arriesgarse a que salgan como su madre (52).

Acercas de este mismo asunto debía tratar una obra de Teofrasto, *Sobre el matrimonio*, de la que sólo tenemos una traducción de San Jerónimo⁴⁹. Esto tiene cierta importancia, puesto que Menandro, uno de los principales representantes de la Comedia Nueva fue discípulo suyo y muchas veces toca el tema del matrimonio. La obra de Teofrasto plantea la tesis de si debe casarse el sabio, cercana a la que se trata en las declamaciones, pero limitada a un tipo concreto de individuo. Opina que no es malo que se case si es rico y de buena salud y la mujer bella, de buen carácter y familia respetable. En cuanto a los hijos, no los considera un bien seguro, porque pueden morir antes que su padre o volverse unos malvados y esperar la muerte de éste. Considera preferible tener amigos.

Otro tema que se suele asociar al de la necesidad o no de casarse es el de la educación que recibe la mujer de su marido, para que se comporte según la forma de ser de éste y sea sumisa⁵⁰. Suele tratarse con cierta frecuencia en las declamaciones y también hay algún reflejo de él en la comedia. En Libanio este tema aparece en otras dos obras, declamaciones que se ponen en boca de unos avaros. Uno de ellos se muestra contento porque ha conseguido que su mujer imite su forma de vida, que, por otra parte, es bastante miserable: τὴν μὲν οὖν γυναῖκα ἐπαινῶ τῆς μιμήσεως ἦν με ἐμιμήσατο ἄσιτος τὰ πολλὰ διατελοῦσα, τοῖς περιλείμμασι τῶν ἀρτῶν διατρεφομένη, ὕδωρ αὐτὴ τε πίνουσα, ...⁵¹. Otro además de cambiar la forma de ser de su mujer también «educa» a las criadas: ἐνῆγον δὲ καὶ τὴν γυναῖκα πρὸς τὰ τοῦ γεγαμηκότος... 9. καὶ τὰς θεραπεύσας τὰς αὐτῆς ἐπαίδευον, αἱ μὲν γὰρ τοῦ πατρὸς ὑπ' ἐκείνου βελτίσται ἐγεγένητο⁵².

En la obra citada más arriba Teofrasto tiene también sus ideas acerca de la educación conyugal. Se queja de que uno puede examinar un caballo, al más vil de los esclavos o un objeto que quiera adquirir, pero no tiene posibilidad de hacer lo mismo cuando se trata de una esposa. Pero añade que, por lo menos, si después de la boda el marido ve que su mujer es de mal carácter, estúpida o de alguna forma que no le guste, siempre le queda el recurso de educarla⁵³.

Uno de los supuestos oyentes de la declamación le pregunta al δύσκολος cómo no se le ha ocurrido hacer eso mismo, a lo que el hombre responde que lo ha intentado todo sin éxito, exponiendo los pasos que había dado en ese sentido. En primer lugar empieza con amonestaciones, haciendo ver a la charlatana que hasta los vecinos se ríen de ella y exhortándole a que le tome como ejemplo e imite su comportamiento (38). Como de esta forma no consigue nada decide probar con unos amigos que le aconsejen, pero ella los pone en fuga a fuerza de hablar (39). Después recurre a un verso de Sófocles⁵⁴: γύναι, γυναῖξί κόσμον ἢ σιγῇ φέρει. Pero en lugar de convencerla lo que ocurre es que le da un nuevo motivo de charla (40). Después le recomienda

⁴⁸ En un matrimonio los hijos estaban considerados como parte de la riqueza de un hombre y no tenerlos podía ser motivo de divorcio (cf. Ehrenberg, *op. cit.*, p. 199). Platón (*Leg.* 721d) estima tan importante el matrimonio que considera que en su Estado ideal debe castigarse a los que no se casen, porque renuncian a la forma de inmortalidad a la que tienen acceso los humanos, a través de los hijos. En ciertas ciudades, como Esparta, se imponían penas a los solteros, según señala Pollux (III 48). En Atenas no parece que hubiera procesos por cuestiones de este tipo ni tampoco se ve nada parecido en la declamación de Libanio.

⁴⁹ Cf. T. B. L. Webster, *Studies in Menander*, Manchester 1950, p. 214.

⁵⁰ Este tema se repite también en obras de otras épocas. Uno de los ejemplos más claros es *La fierecilla domada* de Shakespeare.

⁵¹ XXIII 10: «Así yo alabo a mi mujer por la forma en que me ha imitado, pasando sin alimento las más de las veces, alimentándose con sobras de pan, bebiendo agua ella misma...».

⁵² XXXI 8 y 9: «Y persuadía a mi mujer hacia lo del marido... 9. Y educaba a sus criadas, pues a las de mi padre aquél las había hecho excelentes».

⁵³ Cf. Webster, *op. cit.*, p. 215.

⁵⁴ *Ai.* 293.

que imite a las cigarras, ya que entre ellas canta el macho y no la hembra, con los mismos resultados (41)⁵⁵. Finalmente decide emplear la fuerza, pero es todavía peor (42). La escena en que cuenta esto está narrada con gran viveza, hasta el punto de que casi nos sentimos testigos de los hechos. Es la cima de la ascensión que ha estado preparando todo lo anterior. Sin embargo, el descenso es brusco, como el chorro de palabras que salen de la boca de la mujer cuando se la destapa. Con ello quedan otra vez frustradas las esperanzas del hombre.

A pesar de sus esfuerzos no consigue que su esposa se comporte como él desea, sino que hace su voluntad, justo lo contrario de lo que debe ser. Como afirma un personaje de Filemón⁵⁶, ἀγαθῆς γυναικός ἐστίν, ὦ Νικοστράτη, / μὴ κρείττον' εἶναι τάνδρός, ἀλλ' ὑπήκοον / γυνὴ δὲ νικᾷσ' ἄνδρα κακόν ἐστίν μέγα y según Menandro una mujer que se coloca por encima del marido es la perdición de una casa:

τὰ δεύτερ' ἀεὶ τὴν γυναῖκα δεῖ λέγειν,
τὴν δ' ἡγεμονίαν τῶν ὄλων τὸν ἄνδρ' ἔχειν.
<συν>οικία δ' ἐν ἧ <τὰ> πρώτ' ἔχει γυνή,
οὐκ ἐστίν ἥστις πάποτ' οὐκ ἀπώλετο⁵⁷.

Con todo esto nos vamos haciendo una idea de cómo es la figura de la esposa, de la que hasta este momento sólo sabemos que habla mucho, aunque a lo largo de la declamación acaba por convertirse en la verdadera protagonista. Es un personaje que entra de lleno en la tradición antifemenina que se atestigua en Grecia desde Hesíodo y la lírica arcaica. Según el primero⁵⁸ Zeus creó a las mujeres ἄνδρεςσι κακὸν θνητοῖσι. Otro ejemplo de esta forma de pensar lo encontramos en el *Yambo de las mujeres* de Semónides de Amorgos, donde las compara con distintos animales. De las clases de mujeres que presenta sólo una no es mala, la que se parece a la abeja; y, como tendremos ocasión de ver, no pertenece a este grupo la parlanchina del discurso. También en la tragedia hay ejemplos de la mala opinión acerca del sexo femenino. Jasón se queja de que hagan falta las mujeres para tener hijos, porque si hubiera otra manera «no habría ningún mal para los hombres»:

χρῆν γὰρ ἄλλοθὲν ποθεν βροτοῦς
παῖδας τεκνοῦσθαι, θῆλυ δ' οὐκ εἶναι γένος·
χοῦτως ἂν οὐκ ἦν οὐδὲν ἀνθρώποις κακόν⁵⁹.

⁵⁵ La alusión al verso de Sófocles y a las cigarras nos lleva a la παρατραγωδία, el recurso de la Comedia que consiste en citar o hacer referencias indirectas a la tragedia, la épica y otras «obras serias», colocándolas en una situación ridícula que provoca la risa. Förster en su edición señala las fuentes que pueden rastrearse en esta declamación. Como era de esperar en una obra de este tipo, se recurre en muchas ocasiones a la oratoria, especialmente a Demóstenes. También aparecen diversos pasajes inspirados en Platón, como la relación entre los renacuajos y los rétores (*Thr.* 161d), el refrán de «sembrar en piedras» (*Leg.* 838e), la alusión a las cigarras (*Phdr.* 259b-d) o a los efectos de la cicuta (*Phd.* 117ss.). Son frecuentes los ecos homéricos, según hemos tenido ocasión de ver, pero en pocos lugares la fuente es un pasaje de tragedia. El ejemplo más claro procede del *Prometeo* de Esquilo (750-1): κρείσσον γὰρ εἰσάπαξ θανεῖν / ἢ τὰς ἀπάσας ἡμέρας πάσχειν κακῶς; («Pues ¿es mejor morir de una vez o sufrir todos los

días?»), que tiene su reflejo en πότερον ἤττον εἰς συμφορὰν, εἰσάπαξ ἀποθανεῖν ἢ πολλὰς ἐγγὺς ἰέναι θανάτου; (33). Mientras la cita de la tragedia se refiere al águila que cada día devora el hígado de Prometeo, el δούκολος a su mujer, que no para de hablar.

⁵⁶ Fr. 120 K.-A.: «Es propio de una buena mujer, Nicóstrato, no ser superior al marido, sino sumisa; pues la mujer que vence a su marido es un gran mal».

⁵⁷ Ὑποβολιμαῖος ἢ ἄγροικος, fr. 418 K.: «Es necesario que la mujer diga siempre lo segundo, y que el dominio de todo lo tenga el marido. El matrimonio en que una mujer ocupa el primer puesto es imposible que no perezca».

⁵⁸ *Th.* 600-602.

⁵⁹ Eurípides, *Med.*, 573-5: «Pues sería necesario que los mortales tuvieran hijos de alguna otra manera y que no existiera el género femenino; así no habría ningún mal para los hombres».

La Comedia es esencialmente misógina y encuentra en las mujeres uno de sus blancos preferidos, casi desde sus orígenes. Uno de los fragmentos más antiguos que conservamos empieza con un κακὸν γυναῖκα⁶⁰. Además de recrearse presentando los incontables defectos que las caracterizan, no se cansa de repetir que son el mal más grande que existe. Dífilo⁶¹ afirma que no es fácil encontrar a una mujer buena. Plauto, de una forma más tajante aún señala que no la hay y que son a cual peor:

MEG. *Da mihi, optima femina, manum.*
 EUN. *Ubi ea est? quis ea est nam optima?*
 MEG. *Tu.*
 EUN. *Tune ais?*
 MEG. *Si negas, nego.*
 EUN. *Decet et equidem vera proloqui.*
Nam optima nulla potest eligi:
alia alia peior, frater est.
 MEG. *Idem ego arbitror.*
*Nec mihi advorsari certum est de istac re umquam, soror*⁶².

Un personaje de Menandro⁶³ afirma que la mujer es peor que todas las fieras del mar y de la tierra. Según Filemón⁶⁴, cuando una mujer se junta con otra «desentierra un tesoro de grandes males», porque, como se dice en una obra de Plauto⁶⁵, dos mujeres son peor que una. Incluso son capaces de envenenar a sus maridos⁶⁶. Por eso Menandro piensa que Prometeo recibió el castigo que merecía por haber creado a la mujer:

Εἴτ' οὐ δικαίως προσπεπατταλευμένον
 γράφουσι τὸν Προμηθέα πρὸς ταῖς πέτραις,
 καὶ γίνετ' αὐτῷ λαμπάς, ἄλλο δ' οὐδὲ ἐν
 ἀγαθόν; δ' μισεῖν οἴμ' ἅπαντας τοὺς θεοὺς,
 γυναῖκας ἐπλεσεν, ὧ πολυτίμητοι θεοί,
 ἔθνος μιάρων⁶⁷.

Los principales defectos que se les achacan se resumen en el siguiente pasaje de Aristófanes:

τί γὰρ οὗτος ἡμᾶς οὐκ ἐπισμῆ τῶν κακῶν;
 ποῦ δ' οὐχὶ διαβέβληχ', ὅπουπερ ἔμβραχυ
 εἰσὶν θεαταὶ καὶ τραγωδοὶ καὶ χοροὶ
 τὰς μοιχοτρόπους, τὰς ἀνδρραστρίας καλῶν,

⁶⁰ Es el fragmento 1 K.-A. de Susarión, al que Tzetzes consideraba el primer comediógrafo.

⁶¹ IV, p. 426, 33 M.; Γυναῖκος ἀγαθῆς ἐπιτυχεῖν οὐ ῥάδιον.

⁶² *Aul.*, 135-141: «MEG.: Dame la mano, excelente mujer. EUN.: ¿Dónde está? ¿Quién es esa excelente mujer? MEG.: Tú. EUN.: ¿'Tú' dices? MEG.: Si lo niegas, lo niego. EUN.: Conviene sin duda decir la verdad. Pues no se puede tomar a ninguna por excelente: una es peor que otra, hermano. MEG.: Yo opino lo mismo. Y no te llevaré la contraria en ese asunto, hermana».

⁶³ Ὑποβολιμαῖος ἢ ἄγροικος, fr. 422 K.

⁶⁴ IV, p. 57, 76 M.

⁶⁵ *Curc.* 591-2: *Antiquorum poetam audivi scripsisse in tragoedia / mulieres duas peiores esse quam unam; res istast.* («Oí que un poeta antiguo escribió que dos mujeres son peor que una; así es»).

⁶⁶ Cf. Aristófanes, *Tb.* 561.

⁶⁷ Fr. 718 K.: «Entonces ¿escriben que Prometeo estaba encadenado injustamente en las rocas y se hace fuego por él, pero ningún otro bien? Este, al que yo creo que odian todos los dioses, formó a la mujer, honradísimos dioses, raza maldita».

τὰς οἰνοπότιδας, τὰς προδότιδας, τὰς ἀλάλους,
τὰς οὐδὲν ὑγιές, τὰς μέγ' ἀνδράσιν κακόν⁶⁸;

Los mismos tópicos los encontramos en la Comedia Media y Nueva. El catálogo de los defectos femeninos es muy extenso. Siendo como son las mujeres de naturaleza malvada, no es extraño que elijan la opción que no deben y se mantengan en ella con obstinación. También les gusta llevar la contraria a sus maridos por sistema, de lo que se queja uno de ellos en Terencio:

*Oh perfin mulier esse? Nullamne ego rem umquam in vita mea
volui quin tu in ea re mihi fueris advorsatrix, Sostrata?
At si rogem iam quid est quod peccem aut quamobrem hoc facias, nescias,
in qua re nunc tam confidenter restas, stulta!*⁶⁹.

Son crueles, no tienen corazón y su humor es pésimo, sobre todo si se trata de una mujer rica, que ejerce su dominio sobre el pobre marido. Uno de ellos afirma que al lado de la cólera de su mujer la de los hombres es miel⁷⁰. Como dice un personaje de Menandro, φύσει γυνή δυνάσιόν ἐστι καὶ πικρόν⁷¹. La charla excesiva que caracteriza a la esposa del discurso se señala como defecto en muchas ocasiones. Eunomia, en *Aulularia* (123-6), afirma que no se puede encontrar a una mujer muda:

*Quamquam haud falsa sum nos odiosas haberi:
nam multum loquaces merito omnes habemur
nec mutam profecto repertam ullam esse
hodie dicunt mulierem ullo in saeculo*⁷².

Por otra parte, las mujeres son incapaces de guardar secretos; para un personaje de Antífanes⁷³ sería lo mismo que contárselo a todos los pregoneros de la plaza. Además son glotonas, tienen afición al vino y son vanidosas, dadas al lujo, la beatería y la superstición. Les gusta la mentira, porque «la mujer no está acostumbrada a decir la verdad en una sola cosa»⁷⁴. Por ello no son de fiar, como afirma un personaje de Antífanes:

Ἐγὼ γυναικὶ δ' ἐν τι πιστεύω μόνον,
ἐπὶ ἀποθάνῃ μὴ βιώσεσθαι πάλιν,
τὰ δ' ἄλλ' ἀπιστῶ πάνθ' ἕως ἂν ἀποθάνῃ⁷⁵.

Pero, a pesar de todo, Susarión⁷⁶ considera a la mujer como un mal necesario, en lo que en absoluto está de acuerdo el hombre del discurso. Aunque no es muy halagüeña la forma en que

⁶⁸ *Th.*, 389-394: «Pues, ¿de qué mal no nos ha acusado éste? ¿Dónde no nos ha calumniado, precisamente donde hay espectadores, trágicos y coros, como galantes, apasionadas por los hombres guapos, bebedoras de vino, traidoras, charlatanas, que no hacen nada sano, que son un mal para sus maridos?».

⁶⁹ *Heaut.*, 1006-9: «¡Oh! ¿Insistes en ser mujer? ¿Alguna cosa en mi vida he deseado yo sin que tú me hayas llevado la contraria en ese asunto, Sóstrata? Y si te preguntara en qué me equivoco o por qué motivo haces esto no sabrías decir la causa por la que ahora te mantienes tan arrogante: ¡tonta!».

⁷⁰ Alexis, Μάντις, III, p. 450 M.

⁷¹ Fr. 589 K.: «Por naturaleza la mujer es difícil de dirigir y cruel».

⁷² «Por otra parte sé perfectamente que se nos tiene por molestas: pues con justicia se nos tiene a todas por charlatanas y ciertamente dicen que no se ha encontrado ni hoy ni en ningún tiempo a una mujer muda».

⁷³ III, p. 151, 57 M.

⁷⁴ Menandro, fr. 591 K.

⁷⁵ III, p. 151, 54 M.: «Yo de mi mujer confío solamente en una cosa, que si muere no volverá a vivir de nuevo; todo lo demás lo pongo en duda hasta que muera». Hesíodo también comparte esta opinión, ya que afirma que «el que se fía de una mujer se fía de los ladrones» (*Op.* 374).

⁷⁶ En el fragmento citado antes.

se presenta a la mujer, también se encuentran muchas escenas de amor conyugal. Se la aprecia como esposa, madre y señora de la casa⁷⁷.

El personaje de la charlatana está bien caracterizado desde el primer momento. La primera vez que se la menciona en el discurso se le da el nombre de λαλούσης, lo que no deja lugar a dudas acerca de cómo es. Se trata de una mujer que habla sin parar, por cualquier motivo, de la mañana a la noche y a la que no hay manera de hacer callar, ni con palabras ni con hechos. Aunque el amigo que la recomienda como esposa le dice al hombre πρότερον ἢν ἐγκαλέσεις τοῖς λίθοις λαλεῖν ἢ τῇ κόρῃ (10), pronto queda bien claro que no hay tal silencio.

La afición por la charla es su característica más destacada y llena toda la declamación, pero a partir de la exposición del marido pueden conocerse algunos otros datos de esta mujer. Aunque en otros aspectos no es muy fiable la descripción que hace el amigo, parece que podemos creer su afirmación de que es una muchacha rica y sabemos con seguridad que procede de una familia de rancio abolengo, con unos antepasados que se remontan a tiempos inmemoriales⁷⁸. Estos son precisamente el objeto de una de sus muchas disertaciones (21). Para el marido esta noble cuna sólo sirve para echársela en cara si se le ocurre replicarle.

Acompaña a esta nobleza una cierta cultura, ya que la charlatana tiene algunos conocimientos de literatura, como demuestra en su disertación sobre los orígenes y desarrollo de la tragedia (22) o sobre el mito de las cigarras, del que trata Platón (41). Ello lleva a recordar las palabras de un personaje de Menandro sobre la cultura en las mujeres:

Γυναῖχ' ὁ διδάσκων γράμματ' οὐ καλῶς ποιεῖ,
ἀσπίδι δὲ φοβερῇ προσπορίζει φάρμακον⁷⁹.

El marido le echa en cara a su esposa no sólo que hable, sino que además se interese por asuntos impropios de una mujer, como lo que se refiere a los tribunales (15) o la situación del ejército y la marina (16). Un reproche similar se encuentra recogido en Menandro:

Τοὺς τῆς γαμετῆς δρους ὑπερβαίνεις, γύναι,
διὰ τὴν λαλιάν· πέρας γὰρ αὐλίου θύρα
ἐλευθέρῳ γυναικὶ νενόμιστ' οἰκίας⁸⁰.

⁷⁷ Ehrenberg, *op. cit.*, pp. 199-200.

⁷⁸ Probablemente el hecho de estar casada con alguien que tiene recursos económicos hace que no sea además de charlatana un modelo de esposa rica que se comporta despóticamente apoyándose en su dinero. Según un personaje de Menandro (fr. 582 K.) el que quiera ser desgraciado no tiene más que casarse con una heredera. Dos ejemplos acabados de este tipo de mujer los ofrece este autor en Δύσκολος y Πλόκιον. En la primera de las obras aparece la madre de Sóstrato, que es el prototipo de rica heredera, una mujer desocupada que se dedica a prácticas religiosas llenas de superstición, dura y caprichosa. En la segunda es Cróbila la esposa rica de la que con frecuencia se queja su marido, que dice que se ha casado con una ἐπιβλήρον Λάμιαν, dueña de todo (fr. 334 K.). También Plauto da una descripción completa de todo lo que comporta casarse con una rica (*Aul.* 475-536); la mujer sin dote queda bajo la autoridad del marido, pero la

rica lo arruina con males y daños (534-5). Aunque la realidad no debía llegar a casos tan extremos con demasiada frecuencia, como deja claro E. Ruiz al tratar sobre el epiclerado (*La mujer y el amor en Menandro*, Barcelona 1981, pp. 167-171), sin embargo parece que hay algo de cierto en los reflejos de la comedia, por lo que indican otras fuentes. Aristóteles (*Eth. Nic.* 1161a) señala que a veces en las casas gobiernan las herederas, pero no por ser moralmente superiores al marido, sino por su dinero. Platón (*Leg.* 742c, 773a, d, 774c) defiende la eliminación de la dote y los matrimonios basados en la igualdad.

⁷⁹ IV, p. 269, 154 M.: «Quien enseña las letras a una mujer no hace bien y añade veneno a una serpiente terrible».

⁸⁰ Fr. 592 K.: «Mujer, con tu charlatanería traspasas los límites propios de una esposa. Pues una mujer libre debe considerar la puerta de la calle como una frontera».

La situación en la época de Libanio no era muy diferente a la de Menandro. La esposa se encarga de dirigir la buena marcha de la casa y de vigilar al servicio doméstico⁸¹. Pasa la mayor parte del tiempo sin salir, mientras el marido se ocupa de los asuntos del ágora⁸². La principal distracción fuera de casa para una mujer era ir a los baños⁸³. Todos estos aspectos los encontramos en la declamación. Como nueva señora de la casa al día siguiente de su boda se pone al tanto de la situación, en lo que se refiere al servicio doméstico y al menaje (14), interrogando a las sirvientas y preguntando sobre diversos aspectos. Como muchas amas de casa uno de los motivos de su charla es cómo está el servicio (22). Por otra parte, parece que tiene conciencia de hacer bien su tarea y le pregunta al marido si tiene algún motivo de queja por su forma de llevar la casa (21). La estancia en los baños es también tema de uno de sus monólogos, que estructura al modo de un πνίγος, con una sucesión de frases cortas, sin pausas, que producen una sensación de ahogo. Se dedica a criticar a las mujeres que ha visto allí (a unas porque tienen pecas y arrugas, a otras porque se maquillan, a otras por generosas, a otras por tacañas...). Se refleja aquí otro de los rasgos que caracterizan a la mujer, el querer saberlo todo y criticarlo todo, especialmente si se refiere a otras personas. Por eso su marido dice de ella cosas como και πλείων αὐτῆ λόγος περὶ τῶν ἀλλοτριῶν ἢ τῶν ἡμετέρων (17) ο ἐπειδὴν δὲ πάντα ἀναλώσει τῆ ῥύμη τῆς γλώττης τὰ ἡμέτερα, πάλιν τὰ τῶν γειτόνων... (23).

Otro defecto que tiene la esposa del δύσκολος es que no hace nada, como la mujer del fragmento de Menandro que habla más que el bronce de Dodona. Las dos gastan todas sus energías en hablar y no les queda tiempo para otra cosa, y menos para trabajar. Según el protagonista de la declamación, su mujer τοιαῦτα ἅττα θαλαττοκοπεῖ και φλυαρεῖ και ἐργάζεται μὲν ὡς ἥμισυ, λαλεῖ δὲ ὡς μάλιστα (18). No sabemos qué pensaba acerca de esto el personaje que habla en la comedia, pero la opinión del malhumorado es clara: es mejor así, porque si no sacaría de ello otro tema más del que poder hablar.

Con todo, esta mujer al menos se ve libre de otros defectos que se suelen achacar al sexo femenino: no es derrochadora ni dada al lujo, ni tampoco es tonta. Pero sobre todo no se encuentra en ella uno de los defectos más típicos, como es darse a la bebida. La afición al vino es propia de las sirvientas, las heteras y, sobre todo, de las viejas, pero tampoco las esposas se libran de ella. Es un motivo que se repite con frecuencia y la comedia proporciona muchos ejemplos de ello. Alexis comenta:

Γυναιξὶ δ' ἀρκεῖ πάντ' ἔαν οἶνος παρῆ
πίνειν διαρκῆς⁸⁴.

Antífanes considera felices a los escitas, ἐκεῖ μόνον γὰρ οὐχὶ φύετ' ἀμπελος⁸⁵.

Sin embargo, lo que otros consideran una desgracia podría significar para él un descanso, porque el vino le haría dormir y así se callaría. Pero esto no sucede con su mujer, así que no puede evitar que hable.

Las intervenciones de la charlatana pueden clasificarse en dos tipos: las peroratas y las largas tiradas de preguntas. Tanto en unas como en otras su modo de expresión se acerca mucho a lo que es un πνίγος en la Comedia, como veremos en seguida.

⁸¹ *Thest.* I, 17.

⁸² *Thest.* I, 14.

⁸³ Schouler, *op. cit.*, pp. 857-8.

⁸⁴ Ὁρχηστρίς, III, p. 459 M.: «A las mujeres les basta todo con tal de tener vino suficiente para beber».

⁸⁵ Βακχαί, III, p. 32 M.: «...Pues sólo allí no crece la vid».

Dentro del primer apartado podemos señalar como ejemplo la alabanza del gallo en el capítulo 14:

ἡ δὲ εὐθὺς προσέθηκεν ἔπαινον μακρὸν τοῦ ὄρνιθος καὶ ὄθεν εἰς ὄρνιν μεταβάλοι καὶ ὡς ἦν στρατιώτης, Ἄρεος ὀπαδός καὶ ὡς μηνύει τοῦτο τῷ λόφῳ, τοῖς κέντροις, τῷ θυμῷ.

Los elementos se encadenan entre sí por varios καὶ, sin pausas, de manera que se siguen unos a otros, sin dar un momento de respiro, mientras que para unir los tres últimos sintagmas, diferentes de los anteriores, prescinde de la conjunción y sólo usa comas. Al colocar tiradas de este tipo a lo largo de la declamación, en diversos lugares, pretende dar la impresión de que su vida matrimonial era también una sucesión ininterrumpida en la que no quedaba tiempo para respirar ni a la que estaba hablando ni tampoco al que tenía que oírlo.

Más adelante toma como motivo de su discurso el campo, con la minuciosidad que revelan las palabras: «...estuvo tratando en detalle hasta de las matas, de las cebollas y de los cardillos» (17). Sigue la misma forma de exposición al hablar de la casa y de su propia familia, donde llega hasta el antepasado más lejano y con los mínimos pormenores, así como en su charla sobre los orígenes y desarrollo de la tragedia.

A veces entremezcla varios temas a la vez, como por ejemplo en el capítulo 18, donde sin ninguna transición habla de las vinateras, los vendedores de aceite, los pastores, los panaderos, los probadores de la plata... Esta manía por hablar de todo la recoge el hombre con las siguientes palabras:

πᾶσα γὰρ πρόφασις λόγων ἀφορμή, ἂν οἴκοι μένω, ἂν εἰς ἀγορὰν ἀπέλθω, βραδύτης οἰκετῶν, τάχος, σπάνις, εὐπορία, μεμπτά, ἄμεμπτα, ὄμβρος, αἰθρία. (22).

La otra forma de las charlas de la mujer son los «interrogatorios». En lugar de tratar de un tema concreto como si fuera una conferencia, lo que hace es tomarlo como centro de una larga serie de preguntas muy breves que se suceden sin interrupción y que se refieren a los aspectos más diversos. Así, al día siguiente de la boda hace un completo interrogatorio sobre todo lo que tiene que ver con la casa y los sirvientes. En otra ocasión se centra en el ejército y la marina, lo que hace que su marido le reproche su interés por asuntos que no son propios de mujeres. Él mismo sufre un riguroso interrogatorio sobre lo que hace o deja de hacer:

πάλιν ἔρχομαι οἴκαδε καὶ ἀπητούμην εὐθύνας· ποῦ πεπόρευσαι; πόθεν ἀφίξαι; τῷ διαίλειξαι; (15).

Son palabras que recuerdan a las de Menecmo I en una comedia de Plauto, probablemente inspirada en un original de Alexis. Acosado por su mujer, llega a llamarla «jefe de aduanas»:

*Nam quotiens foras ire volo, me retines, revocas, rogitas
quo ego eam, quam rem agam, qui negoti geram,
quid petam, quid feram, quid foris egerim.
Portitorem domum duxi, ita omnem mihi
rem necesse eloqui est, quicquid egi atque ago*⁸⁶.

⁸⁶ *Men.* 114-118: «Pues cuantas veces quiero salir, me retienes, me vuelves a llamar, me preguntas a dónde voy, qué asuntos trato, qué negocio llevo, qué voy a buscar, qué llevo entre manos, qué tengo que hacer fuera.

He traído contigo a casa a un verdadero aduanero, que de tal modo me obliga a decirle lo que hice y lo que pienso hacer».

Para el marido toda esta charla es inagotable, como refleja en el vocabulario que emplea y en el hecho de que acude a unas expresiones de enlace entre parrafada y parrafada que dan la impresión de que es toda la misma y no tiene fin. Expresiones con esta función son, por ejemplo, ἐντεῦθεν ἐπ' ἄλλο μεταπηδᾷ (18) o ἡ δὲ μνήμη τῶν χωρηγίων ἐπὶ τοῦ τραγικοῦ αὐτὴν παραπέμπει (22).

Además de esto están las numerosas expresiones que utiliza para referirse a la forma de hablar de su mujer: φωνῆς ἀπαύστου, «voz que no cesa»; μήκεσιν ἀπειριοῖς λόγων, «inmensas extensiones de palabras»; τὸ διηνεκὲς τῶν λόγων, «el sinfín de palabras»; πολὺν καὶ ἄθρόον τὸν λῆρον, «charla enorme e incesante»; σμῆνη λόγων, «enjambre de palabras»; λόγων σωρός, «cúmulo de palabras».

A modo de resumen podemos concluir, según lo visto, que es clara la influencia de la Comedia Ática en la declamación XXVI de Libanio, lo que se refleja en diversos aspectos, principalmente en la elección y caracterización de los personajes y los temas que se tratan.

A lo largo del discurso vemos a un δύσκολος que habla ante el tribunal; su mujer, una charlatana; un amigo del marido que actúa como casamentero y otros que le quieren prestar ayuda; finalmente, los parientes de la charlatana. Todos ellos entran en lo que es el círculo familiar y su entorno más inmediato, que es precisamente el que proporciona los personajes de la Comedia Media y sobre todo de la Nueva. Los únicos bien caracterizados son el δύσκολος y su mujer, mientras que los demás son meramente episódicos. Él es irritable, poco amigo de las aglomeraciones y del bullicio. A ella le encanta hablar de lo que sea; además es una ama de casa preocupada por el servicio doméstico y una mujer noble que presume de serlo. En cambio carece de otros defectos que, según la comedia, son propios de su sexo, como la afición a la bebida, el derroche o ser tonta.

De la Comedia Ática se toma también el tema del matrimonio, concebido como una fuente de males de la que difícilmente puede escapar uno.

Por último entra en ese género igualmente la forma de expresión que se asocia a cada uno de los personajes. Los rasgos principales del marido son el uso de hipérboles, frases hechas y una gran riqueza de imágenes y comparaciones, que indican un ruido enorme o un poder devastador. La expresión de la mujer se caracteriza por lo que podemos llamar «conferencias» e «interrogatorios», generalmente con la forma de un πνῆγος. El uso de enlaces entre ellos y el recurso a diversas expresiones que recogen la idea de una charla inagotable le dan a toda la declamación una sensación de ahogo, como si toda ella fuera un πνῆγος en una escala mayor. Formalmente éste es el principal recurso que esta obra ha tomado de la Comedia.

Por otra parte, este género aflora en ocasiones de forma más o menos directa, como se ha podido ver en las comparaciones con el bronce de Dodona o el flautista árabe. El autor que aparece reflejado con más frecuencia es Menandro, uno de los principales representantes de la Comedia Nueva. En un grado menor se observa además la influencia de Filemón y Dífilo, también de la Nueva, y Alexis, Jenarco y Antífanos, de la Μέση. Por otro lado, es notable el gran número de puntos de contacto con Plauto y, algo menos, con Terencio, aunque en este caso no podemos hablar de influencia directa, ya que Libanio conscientemente ignora la literatura latina. Los elementos comunes están motivados por una coincidencia en las fuentes, la Comedia Ática Media y Nueva.

Un estudio detallado de la declamación deja claro que Libanio no tiene presente solamente la obra de los comediógrafos, sino toda una amplia tradición que abarca desde los épicos y yambógrafos a autores aticistas, como Luciano, pasando de forma muy especial por la literatura de la época clásica (principalmente Demóstenes y Platón y, en menor grado, la tragedia), como ha

puesto de manifiesto Förster en su edición. La aparente sencillez de la declamación esconde en realidad una obra erudita, en la que se manejan numerosas fuentes, la obra de un maestro que pretende enseñar a sus alumnos cómo se debe construir correctamente un discurso y caracterizar a un personaje (bajo la influencia de Demóstenes y Lisias). Esta característica de producción para la escuela se refleja también en el hecho de haber abordado temas como el del matrimonio y la educación conyugal, así como en los modelos que presenta a los alumnos, en el caso de las declamaciones etopoéticas principalmente la Comedia Ática, según se ha tenido ocasión de ver.

UPV/EHU

M.ª JOSÉ GARCÍA SOLER

XXVI

Comparece ante el tribunal un malhumorado casado
con una mujer charlatana

1. Más me hubiera valido, señores del Consejo, estar muerto antes que haberme casado y oírle parlotear a mi mujer tanto como le he oído, o por lo menos, ya que no evité aquello por confiar en mi mala fortuna, venir justo después de la boda a vosotros a los que me confío ahora. 2. Perjudicado por mi propia dejadez os pido esto: que, puesto que, demasiado tarde, al fin he prestado atención a lo que me conviene, me ratifiquéis mi propósito hoy. Porque he llegado a tal extremo de males que para mí dejar de existir me resulta más apropiado que estar junto a mi mujer. 3. Concededme, señores del Consejo, antes de la cicuta otra pequeña gracia: sed comprensivos y no me arrojéis a la prolijidad de esos ingeniosos rétores para los que la vida consiste en hablar y replicar. Pues tengo miedo de que, si hay demora en la discusión, mi mujer, enterándose del asunto, haga caer su lengua sobre nosotros y nos inunde a vosotros y a mí. Por tanto, para que no suceda esto, sed rápidos en el favor. Si muero mientras ella está presente y hablando, hará desaparecer el placer de la muerte la charla de mi mujer.

4. Si el que estableció las leyes en la ciudad no hubiera sido una persona excesivamente minuciosa y desmesurada, no tendría ahora dificultades intentando persuadirlos de que me es necesario morir, sino que así, a escondidas, sacando una cuerda del lecho, tras irme a un lugar solitario, me ahorcaría de cualquier árbol con tranquilidad, sin ver gente ni oír a muchos. Pero, ya que el que nos esclavizó en todos los sentidos ni siquiera permitió que cada cual fuera señor de su muerte, sino que incluso eso lo reguló con decretos, le maldigo, pero lo acato y soporto los jaleos del consejo por no aguantar en adelante nada molesto.

5. Pues bien, sé que los que conocen a mi mujer comprenden que ya no puedo vivir, pero creo que es necesario que los demás sepan con qué desgracia convivo. Así que prestadme atención, por Zeus. De éstos que están alrededor y se ríen y me llaman hurafío me preocupo poco. Pues ¿qué pena podría buscarse para ellos mayor que la que ahora sufren viviendo así, corrompidos, apoltronados, perdidos, siempre burlándose, nunca serios, carcajeándose y diciendo irreflexivamente la tontería que se les ocurra? 6. A mí mi padre, señores del Consejo, me exhortaba siempre a concentrar la mente y ser sensato, no permitirme ceder, discernir de las cosas de la vida lo que es necesario y lo que no, tener lo primero y mantenerme alejado de lo segundo, apreciar la tranquilidad y rehuir los desórdenes. Y haciendo esto, señores del Consejo, paso la vida sin participar mucho en las asambleas, no por no preocuparme de lo que conviene al interés público, sino por los gritos de los rétores que no pueden callarse, sin frecuentar la plaza por esos muchos nombres de las causas privadas: denuncia, prueba, detención, decisión judicial, proceso, expediente delatorio, términos que también les gusta mencionar a los que no tienen nada que ver. «Fulano el de Men-

gano le puso una denuncia a Zutano». Y ¿a ti qué te importa eso, si no eres ni acusador ni acusado? 7. Y sin duda también es difícil de eliminar de la plaza aquello, lo del saludo; no sé de dónde viene lo de saludar a cualquiera. Pues yo, desde luego, por los dioses, no le veo el provecho a la palabra. Pues para el que las cosas le van de pena, mejor es que no oiga a su paso «Que te vaya bien». 8. De los talleres, todos los que tienen yunque, martillo y ruidos, los de plateros, los de broncistas y muchos otros, yo los evito y de las artes me gustan las que están llenas de silencio. Y eso que también encontré a los pintores trabajando con cantos. Tan dulce es para muchos hablar, que no son capaces de contenerse a sí mismos.

9. Por eso, mientras vivía solo gozaba de bastante tranquilidad, porque tenía enseñados a mis vecinos a no hacer nada que me molestara. Pero como alguna vez me tenían que ir mal las cosas, se me acercó uno de mis amigos y, hablando mal de la vida solitaria y alabando el matrimonio, me dijo: «No seas tú solo el que desdeña la Boda, que es un dios y el mayor de los dioses». Y me estuvo hablando de una muchacha de buena familia, radiante en edad, poseedora de muchos talentos, experta en ser modesta, diestra en las labores del telar, y finalmente añadió que bastaba desearlo y la boda estaba en mis manos. 10. «Deja lo demás», le dije, «y dime sólo, ¿cómo es de lengua la moza? Porque conoces mi modo de ser, que no puedo soportar a una persona que ronque, ni que tenga hipo, ni que escupa fuerte, ni que sea presa de la tos, sino que preferiría recibir golpes antes que aguantar eso y no podría tolerar a un charlatán ni en sueños. Si tuviera que convivir con una de tal clase, ¿cómo crees tú, cómo iba a vivir?» «Ten confianza», dijo, «Ella no ha practicado nada como eso. Antes tildarías a las piedras de parlanchinas que a la muchacha. De modo que más temo yo que vayas a tener que acusarle de estar callada».

11. Yo me dejé persuadir, señores del Consejo. ¿Qué no iba a hacer oyendo tan admirable silencio como dote? Así que desde aquel día empecé a prepararme la cicuta. Aquello no era moderado: mucho ruido, una risa fuerte, una danza indecorosa, una boda impropia de una persona sensata. Cuando ya había tomado por esposa a esa Erinis, todo empezó a afluir de todas partes, como los torrentes, cuando al precipitarse los unos contra los otros producen un fragor desmesurado, de tal modo que arrojando la corona casi huí en mitad de la boda y, calculando el fastidio que había en la situación, por el carácter de la mujer no resistí dentro de la habitación, viéndome echado por los alborotos. 12. Pero eso fue una larga paz en comparación con la guerra que iba a tener lugar. Pues antes de que diera la medianoche rezonga quejándose de algo de la cama. Y el asunto me agitó no poco, porque no me parecía adecuado en una recién casada. Después se puso a preguntarme si estaba dormido. Eso me disgustó mucho más. Preguntó una tercera cosa y una cuarta. Pero yo no le respondía nada, sino que sentía vergüenza por la desvergonzada. Y la situación se invirtió: el marido callaba y la mujer parloteaba. 13. Después de esperar a la madrugada, me levanto, voy junto a mi esposa y le pregunto: «¿Qué es esto? ¿Una recién casada suelta tantas palabras en su primera noche?» «Sí», dice, «esa es una señal de afecto y al mismo tiempo una demostración de la voz. Tú eres demasiado hosco, pero no debes ser así».

14. Me dejo convencer de nuevo, pero con el día comprendí mejor mi propia desgracia y al siguiente todavía más. Rogándome, le parecía conveniente que fuera con ella y estuviera presente, para enterarme de cada una de las sirvientas del nombre de sus madres y de sus padres, cuántos niños tenía cada una y cuántos habían muerto. Y se estuvo informando sobre las camas, la marmita, el hacha, la cuchara de palo y cuántos gallos criábamos. «Ninguno», dije, «no tenemos gallo. Porque ni a él lo soporto cuando canta ni a ti si no te callas». Pero ella en seguida añadió una extensa alabanza del ave y qué era antes de convertirse en pájaro y cómo era un soldado, acompañante de Ares, y cómo revela esto por su cresta, sus espolones, su valor.

15. Dejándola mientras todavía decía su elogio, me topé con el que había urdido la hermosa boda y le dije: «Buen hombre, has matado a tu amigo». Y le estuve contando cada cosa en particular, pero él me prometió que ella pararía muy pronto y eso ya no sucedería más. Voy de nuevo a casa y empiezan a pedirme cuentas: «¿A dónde has ido? ¿De dónde vienes? ¿Con quién has hablado? ¿Qué novedad se ha anunciado? ¿Ha habido contribuciones voluntarias? ¿Se ha inscrito alguna votación? ¿Algún ha promulgado una ley? ¿Se han llenado los tribunales? ¿Ha sido denunciado alguno? ¿Algún ha sido condenado?».

16. Para mí malo era callarme y peor hablar. Lo primero desacredita y descubre en el silencio incontables motivos de burla, todos los que quedan al descubierto y se encuentran en un tema amplio del que debe tratar un hombre, pero si entonces hablo, prendo el fuego. Una vez dije que había vuelto el general y ella cogiendo rápidamente al general desde el mediodía hasta la tarde no paró de preguntar: «¿A cuántos llevaba cuando se fue? ¿A cuántos perdió? ¿A cuántos mandaba? ¿De qué modo mandaba? ¿Quiénes eran los comandantes de infantería? ¿Quiénes eran los de caballería? ¿Cuánto fue el botín? ¿Cómo está la flota? ¿Quiénes eran los capitanes? ¿Quiénes eran los comandantes de marina? ¿Cuántos los marineros?». 17. Como yo me enfadé y le dije que eso estaba fuera de lo que debe interesar a una mujer, ella me dijo de nuevo: «Tú, dime, ¿cómo está lo de los campos?». Y después de preguntar estuvo tratando minuciosamente hasta de las matas, de las cebollas y de los cardillos. Y ella hacía más caso de lo ajeno que de lo nuestro. Además no carece de riesgo dar una noticia buena o una mala. Pues de cada cosa nace un cúmulo de palabras.

18. De ahí salta a otro tema: «¿Cómo han vendido hoy las vinateras? Se cuenta que les ha pasado una desgracia a los vendedores de aceite. El mejor oficio es el de guardar ovejas. Me temo que les vaya a faltar leña a los panaderos. Dicen que se acusa falsamente a los probadores de la plata». Hace cosas tan inútiles, habla a tontas y a locas y trabaja lo menos posible, pero charla todo lo que puede. Y si emprendiera alguna tarea, mayor castigo que su propia pereza sería el relato de su trabajo.

19. Si una vez volvía de los baños, ¡ay, qué diluvio de palabras! ¡Cuánto dice del aljibe, cuánto de las mujeres!: quién vino; quién no vino; quién sin muchachas; quién con sus propias muchachas; quién tenía manchas en el cuerpo; quién se marchó bien tapada; quién tenía arrugas en la piel; quién se empolvaba la cara; quién encontró natrón; quién perdió sándalo; quién echó a perder la ganancia de la bañera; la que entregó su óbolo al chico del baño, la que más, la que menos, la que nada y la que por no dar provocó una riña.

20. Entonces, como si se hubiera olvidado de lo más importante, se da en la frente para acordarse y yo me estremezco viendo que se me viene encima otra riada; me lacera con su palabrería y aguardo el descanso de su charla como los que son azotados, lamentándome y maldiciendo mi boda y al primero que me mencionó a mi mujer. 21. Pero si ella se da cuenta de que me quejo, me sacude el hediondo y dice: «¿Hay algo de la casa que te parezca mal?» Y luego un catálogo del menaje, hasta el lequito y la cuchara de cocina. «Todo está bien», le digo, «sólo cállate». Pero ese «cállate» trae consigo otros enjambres de palabras: «¿Por qué, según tú, me tengo que callar? ¿Acaso he nacido de un linaje poco noble?» Y habla de sus abuelas y sus tías, de sus abuelos y bisabuelos, luego va a parar al vigésimo y al trigésimo antepasado, añadiendo las trierarquías y las coregías. 22. El recuerdo de las coregías la lleva a los poetas trágicos y entonces descarga con vehemencia hablando de los que inventaron la tragedia y los que vinieron a continuación, de qué modo se desarrolló el género y qué contribución aportó cada uno. Yo padezco penas más terribles que los que sufren castigos en las tragedias. ¿Es que no sabe dejar de hablar esta mujer? Antes pararían los ríos que su boca. Cualquier ocasión es pretexto para sus palabras: si me quedo en casa, si me voy al ágora, la torpeza de los sirvientes, su rapidez, su escasez, su abundancia, sus virtudes, sus defectos, la lluvia, el buen tiempo.

23. Después de que ha consumido todo lo nuestro con el ímpetu de su lengua, pasa a lo de los vecinos y si ya no queda nada, cuenta detalladamente unos sueños, aun inventándoselos, por los dioses, creo yo. Pues es que no duerme, sino que a menudo la noche la malgasta en una arenga nocturna, y si a su pesar alguna vez admite algo de sueño en sus ojos, se le duerme todo excepto la lengua, ella termina su obra y para mí es más molesto que los mosquitos.

24. Vedme consumido, señores del Consejo. De día se me machaca, de noche perezco. Aborrezco la comida, aborrezco la bebida. Huyo de lo más dulce de todo, del vivir. Tengo su charla resonándome en los oídos. Mi alma rebosa de ira. Ayudadme, por Zeus, entregadme el veneno, libradme de una voz que no cesa.

25. «¿Y qué?», dice uno, «¿Tan desgraciado eres que incluso pides morir? ¿Qué fortuna has perdido? ¿Qué parte de tu cuerpo tienes dañada? ¿En qué colmo de desgracias te ves cogido que no soportas vivir?».

26. Y tú, ¿quién eres para meterte en eso? ¿Qué te importa mi muerte? ¿Eres mi padre? ¿Mi hermano o mi tío? ¿Mi primo? ¿O un socio de negocios o labranza? ¿Te irán peor las cosas con mi muerte? ¿Te ha puesto la ley como obstáculo para los que desean morir?

27. ¡Vaya minuciosidad! En esta ciudad ni siquiera es posible morir sin muchos discursos. Hombre, ¿acaso he venido a pedir una manutención? ¿Una corona? Eso, desde luego, es cosa de vuestros rétores que se benefician del pueblo. Me molesta vivir, deseo irme. ¿Por qué me lo niegas? Luego me dices que por qué quiero morir. No por ti. ¿No os parece, señores del Consejo, que me irrito y desvarío con razón, yo que me he apresurado a venir al tribunal porque creía que era algo más tranquilo que mi casa y me encuentro a los de aquí más molestos que los de allí?

28. «No tengo gastada mi hacienda», dices. Sin duda crees que eso es el mayor mal. ¡Cuántos han sufrido confiscaciones a la fuerza y al menos les ha quedado a cambio la esperanza de otra riqueza, reparando la necesidad del momento con la ayuda de los amigos! 29. Mi cuerpo está sano y salvo. Pero, mi buen amigo, tengo herida el alma y he sido castigado en lo mejor. Estoy harto de palabras necias. Me veo herido por enormes extensiones de palabras. Me ahoga la charlatanería. He soportado mucha charla sin fin. Como el mar al navío, el oleaje de mi mujer me sobrepasa. No estoy en mi sano juicio. Estoy trastornado, tengo vértigo. ¿No son estos motivos suficientes para la muerte? 30. Si se me hubiera muerto un hijo, tendría el consuelo de los que han sufrido lo mismo y con los ánimos que vendrían cesarían las penas. Pero este mal es a mí solo al primero que le pasa y no me es posible darle un consuelo a mi alma mirando hacia un ejemplo. Y es que siempre está conmigo oponiéndose a todos los placeres, luchando con todas las dichas y destruyendo y dándole la vuelta a los goces de la Fortuna. Así pues, si tengo que vivir triste, prefiero no vivir. Si es necesario que me lamente por sobrevivir, lo más conveniente es que perezca.

31. Cada uno, señores del jurado, considera terrible una cosa, uno la pérdida de los bienes, otro la de los hijos, otro el exilio de la patria, otro la enfermedad del cuerpo y yo la palabrería. Por tanto, ¿qué tiene de admirable que para no soportar lo que más dolor me produce quiera morir? 32. No tengo una mujer borracha; y eso es terrible. Pues si se emborrachara, se dormiría y si se durmiera, tal vez se callara. Todo eso es para mí menor que la situación actual, cualquier cosa es más llevadera que su charla. Habría soportado a una mujer rematadamente tonta, un mal sin duda, habría soportado a una derrochadora, la ruina de una casa. Pero este sinfín de palabras me tiene vencido, me derrotó y me desafió a muerte. 33. Pues, díme: ¿Qué desgracia es menor: morir de una vez por todas o acercarse muchas veces a la muerte? Dirías que lo primero. Pues bien, yo he sufrido no pocas veces lo más molesto. Las más desfallecí, por Apolo, herido por sus naderías como por una granizada. A menudo me desmayé, harto de aquellas charlas. 34. ¿Creéis que el mal es soportable o semejante a lo que le haya podido pasar a alguien? No lo es, no lo es. Un flautista árabe es mi mujer, o mejor, incluso lo aventaja, más gárrula que una tórtola, que un arrendajo, que un ruiseñor, que una cigarra. Sobrepasa al bronce de Dodona: aquél retumba cuando lo golpea un badajo a causa del aire y, en cambio, cuando hay calma calla; pero nada puede retener su lengua, ni el invierno ni el verano, ni el viento ni la calma.

35. ¿Por qué es necesario que viva yo, un hombre que se acerca a los dioses para ruegos inauditos? Los demás, cuando frecuentan los sacrificios, piden tener buena salud a cambio de las víctimas, pero yo ¿acaso hablando podría persuadir a alguien? Echándome a los pies de las estatuas suplicaba alcanzar la sordera, para escapar sólo con eso del fastidio actual, o, en caso de que esto no les pareciera bien, pedía criar un cerumen espeso en los oídos para que no entraran con claridad todas las palabras. 36. Pero como los dioses no me concedieron la gracia, sino que, en vez de lo prometido, mi oído se conservaba intacto, lo que me queda para mi liberación es morir. Si no, ¿cómo voy a vivir? ¿Dónde voy a pasar el tiempo? ¿En la plaza? Pero si los vendedores de mercancías, alabando lo que ponen en venta y gritando más que los pregoneros, como si no fuera suficiente el provecho de atraerse al comprador, me echan de allí más que si me hirieran con piedras. ¿O en los campos? Hay también allí cosas que molestan, el croar

de las ranas, no sé por qué, los burros rebuznando, las vacas mugiendo, las cabras balando, las ovejas soltando balidos. ¿En los tribunales, acaso? Peores que los renacuajos los rétores.

37. Tenía un solo refugio, un solo recurso, un solo puerto, mi casa. Pero también me la llenó a rebozar de tempestad la lengua de mi mujer y no puedo encontrar un lugar con paz y tranquilidad. Para los que luchan en la guerra se ha ideado algún respiro, pactar en medio una tregua, pero yo de ningún lado recibo descanso para mi sufrimiento. Incluso las veces que ha enfermado mi mujer, ha sido de todas las partes con las que no me atormenta, los ojos, las manos, el estómago, los pies, pero la infame voz, totalmente sana. En una palabra, es más fuerte que la enfermedad. Su garganta no ha sufrido ronquera alguna, ni se ha ulcerado su lengua, ni un ataque de flujo le ha inflamado la campanilla, nada de lo que impide hablar se ha presentado. Por tanto, a quien no le es posible vivir ni dentro ni fuera, ¿qué razón, qué modo de vida le queda? ¿No es acaso el de Plutón?

38. «Tú», dice uno, «eres el propio causante de tus desventuras, porque no enseñaste a tu mujer a hacer lo que te agrada y porque no cambiaste su forma de ser según tu carácter. Había que enseñarle, aconsejarle, amonestarle». Y ¿quién es tan necio que no ve que está a su alcance y lo hace? No dejé pasar ni un solo día, ni una hora, ni media. «Tienes ese defecto, mujer», le decía yo, «das motivo de risa a los vecinos. Como un reproche me echan en cara tu charlatanería. Dices que eres libre. Entonces no realices actos indignos de tu linaje. Imita mi modo de vida. Persigo una vida tranquila. Que esa vida te guste también a tí». 39. Hablando así sembraba en piedras, porque no ponía fin a su costumbre, sino que respondiendo a mis razones me arrastraba con su corriente. Como sabía que me hacían falta aliados, llamándolos en mi ayuda, hice venir a unos amigos expertos en la alabanza del silencio, pero ella, como los que sobresalen en las armas, siendo una sola puso en fuga a muchos, hablando más que nadie y no dejándoles ni siquiera abrir la boca, de modo que sola aventajaba a todos, hasta que, maravillándose de ella, compadeciéndose de mí y cediendo ellos mismos, huyeron. 40. Entonces yo, como sabía que desdeña a los vivos, pero quizá cedería ante los consejos de los antiguos, le dije: «Tú, si no ante mí, al menos avergüenzate ante el poeta más sabio, que dice:

'Mujer, el silencio aporta un adorno a las mujeres'».

Pero ella enseguida: «Y ¿quién es ese poeta y quién es su padre y de qué demo y cuándo empezó a componer y cómo murió?». Allí pasó el día mi mujer, y me resultó al revés el poeta: porque en vez de apagar su charla la encendió. Así que yo, que desprecio y rechazo el hartazgo, me marché corriendo.

41. Más tarde, dos días después volví de nuevo a las recomendaciones y le decía: «A nosotros, mujer, así nos conviene callar, lo mismo que de las cigarras canta el macho, y eso es insoportable cuando está fuera de medida, pero a la hembra no la oírás chillar». Pero ella, enlazando con la última sílaba dice: «Esas son las mejores cigarras, las cigarras de entre los hombres, los amigos de las musas, que consideran más dulce hablar que comer». Y dándole vueltas al asunto de las cigarras siguió hasta que se hizo de noche, hasta el punto de que, sintiéndome ahogado, mandé a paseo los consejos e intenté enseñar de obra a la invencible, a ella que dejaba chicos a las grajillas y los estorninos. 42. Pues bien, ya iba a echarle las manos encima y la amenazaba con palos, y, como no callaba sino que seguía chillando, haciendo un lío con el pañuelo le taponé la boca. Pero al dejarla libre, cuando me pareció que quizá se había enmendado, me di cuenta de que había puesto en práctica ese sabio refrán de «fuego sobre fuego». Pues, lo mismo que los que taponan los caños al quitar después el obstáculo hacen más fuerte el caudal, así yo al contener un poco su voz provoqué una corriente mayor, que por poco me agrieta la casa a gritos y eclipsa las nevadas con el espesor de sus palabras.

43. Por tanto, como, aunque había hecho todo lo creía que la iba a persuadir y contener, no me resultó mejor la cosa, sino mucho peor, ¿qué iba a ser de mí? ¿A dónde puedo huir? ¿Qué liberación encuentro para mi desgracia?

44. Pero algún ciudadano dirá: «Repudia a tu mujer y ya no le oírás decir nada». Una forma de huida sabia y propia de una mente más aguda y que ha pasado desapercibida a la mayoría. Hombre, ¿dices eso en serio o me estás tomando el pelo? Pues si te estás burlando, el momento de la muerte no es ocasión para juegos de niños; pero si es en serio entérate de que te equivocas en lo que debe ser.

45. Veámoslo con detalle: ahora yo considero conveniente morir con el conocimiento del Consejo, mientras que mi mujer en casa charla con ella misma, con las paredes, el aire o cualquiera. Eso no es nada terrible para mí que no estoy allí, porque ella no está aquí presente, ni la estoy viendo, ni ha graznado, ni chillado y no hay ley alguna según la cual aquélla tenga que estar presente en los discursos sobre mi muerte. Pero si el juicio fuera por eso, el repudio de mi mujer, y tuviera que explicar a los asistentes cómo soy agraviado, el tribunal sería común para ella y para mí, y cuando tuviera paso libre para gruñir, apartando a empujones a los defensores, bien lo sabéis, quitándoles su turno y apropiándose de mi propio tiempo, expondría tantas cosas sin darse reposo, hablando sin interrumpirse y vertiendo su charla enorme e incesante, que yo perecería y volvería de allí casi sin aliento.

46. Ese único mal tan grande y tan poderoso lo rehuyo de esta forma, pero no de aquélla, porque pienso en mi propio provecho. Escuchad otra cosa. Si por una sentencia del tribunal me separara de mi mujer, el hecho no tendría más de dicha que de desgracia. Pues, ¿cómo podría soportar a los parientes de mi mujer acusándome, haciéndome reproches, culpándome unos tras otros, uno gritando desde aquí, otro vociferando desde allá, rodeándome, dando vueltas, calumniando mi tranquilidad, llamándola «improductiva», «triste», tachando mi vida de egoísta? 47. Y lo que hubiera hecho mi mujer, ¿quién es tan firme, quién tan duro como el acero que pudiera soportarlo? Me habría acompañado desde el tribunal, cogiéndome del manto, tirando de él, haciendo que me diera la vuelta, enumerando a los dioses en orden, cada uno por su nombre, poniendo por testigos a los héroes, también éstos por su nombre, a los astros, los vientos, las columnas, los cimientos. Y arrojándome al callejón, se habría puesto a gritar hasta que su grito sonara a lo lejos despertando a los vecinos. Después, sentándose ante mi puerta, me habría sitiado con todo rigor, sin dejarme pasar, injuriándome a gritos por quedarme dentro. 48. Como un día primaveral hubiera pasado el de su repudio, sin dejar de oír: «La puerta sueña. ¿Quién llama? Un pariente de mi mujer». Alas, según parece, me hubieran hecho falta, atormentado y viendo cómo me pedían explicaciones por lo hecho.

49. Para que no suceda esto me muero. Que me llamen gruñón mi mujer y quien quiera. Concededme esta gracia, concedédmela, señores del Consejo, enviadme rápidamente a la paz final. Mezcladme con los que murieron, con los bienaventurados, con los que no sienten. Pues, ¿cómo no ser feliz, cuando a uno lo llevan al catafalco, las mujeres se golpean el pecho, los allegados se lamentan y uno de eso no oye nada? Pues si el dormir profundamente es el mayor de los bienes, ¿cómo no se va a estimar más con diferencia lo que hace mayor la insensibilidad? 50. Que alguno prepare ya el veneno, que disponga el hermoso brindis de amistad, pero tenga también esto: que sea silencioso el que me dé la cicuta, sin parlotear nada sobre eso, ni hablar sobre la naturaleza del veneno. Que esté libre de alboroto y gente el regalo.

51. Votad para mí esto otro junto con la muerte, por los dioses, que cuando yo beba no esté presente mi mujer, ni le esté permitido lamentar mi muerte a aquélla por la que elegí yo morir. Y es que ni gemirá como hacen normalmente las mujeres, ni se lamentará con lágrimas, sino que parloteará, pronunciará discursos, se golpeará el pecho y me hará penoso el tránsito hacia la muerte. Que no esté en el momento de la bebida, que no esté. Que busque un hombre de piedra que pueda soportar su enojo. Yo yaceré en la tierra sin oír ninguna voz.

52. Es dulce, señores del Consejo, gozar del sol y llevar una vida regalada, pero mi mujer me priva de estas cosas, de una por lo que hace, de otra por lo que va a hacer. Porque calculo cómo será su lengua cuando se ponga de parto, cómo cuando sufra los dolores, cómo cuando dé a luz. Y si me da muchos hijos, parecidos a ella y que demuestren de quién son, ¿cómo voy a vivir atrapado en medio de semejante coro? En nada se diferenciaría mi casa de los prados en los que las bandadas de aves revolotean con ruido.

53. ¡Ay! ¡Cuánto daño he recibido! Estoy parlotear mucho. Lo he sacado de mi mujer, me ha salido un largo discurso. Pero éste será el último, porque ni yo escucharé ya a nadie ni nadie a mí. ¡Oh, excelente día! ¡Tú que traes mi libertad! Me voy con los de abajo, con los que no hablan. Encontraré un lugar lleno de tranquilidad.

54. Pero de pronto he caído en cierto dicho que circula, que me pone inquieto. Dicen que también allí hay alborotos, negocios, jueces, juicios de los que llegan, gritos de los muertos y conversaciones. Así que tengo miedo, tengo miedo de que huyendo allí de mi mujer poco después me la tope abajo casualmente y tenga que oírle hablar de nuevo. Pero aquello se supone, mientras que lo presente se conoce.

55. Por eso, en lugar de lo evidente prefiero lo incierto, pero es mejor rogar para tener seguridad: «¡Oh, todos los dioses y diosas!, si tienen capacidad de palabra los muertos, concededle a mi mujer el llegar a la más extrema vejez, de modo que yo alcance en el Hades una dicha mayor». Tal vez sea yo el causante de mis propios males. Porque cogiendo un cuchillo tendría que haber hecho lo del cuento: cortarle la lengua. Quizá aquél tampoco soportó a una mujer parlanchina.